

# La Ilustración



# Artística

AÑO XIII

BARCELONA 14 DE MAYO DE 1894

Núm. 646

## SUMARIO

**Texto.** — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Estatuas en honor de los hombres ilustres*, por Pedro de Madrazo. — *D. Apolinar*, por Carlos Frontaura. — *La Exposición internacional de Bellas Artes*, por J. Yxart. — *Juicio por Jurados*, por Eduardo de Palacio. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Vencido!*, novela por Juan de la Brette, con ilustraciones de Marchetti. — *Aparato astronómico inventado por D. Enrique Santaolaría*, por X. — *Coche eléctrico*.

**Grabados.** — *El guitarrista*, cuadro de Luis Graner. — *Muchacha veneciana*, cuadro de E. Blaas. — *Barcelona moderna*. — *Reforma de la plaza de Cataluña*, proyecto premiado del arquitecto D. Pedro Falqués. — *Mes de Mayo*, copia del cuadro de J. Markham Skipworth. — *Fiestas celebradas en Santo Domingo con motivo de las bodas de oro de la República Dominicana*. — *Un concierto de la Academia Musical de Munich en el Real Odeón*, dibujo de Renato Reinicke. — *Aparato astronómico inventado por D. Enrique Santaolaría*. — Figs. 1, 2 y 3. *Coche eléctrico* de M. Pablo Pouchain. — *El palacio principal de la Exposición universal de Lyon*.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

**El primero de mayo.** — Calma y tranquilidad en que transcurrió. — Inutilidad de las manifestaciones ruidosas para cambiar las leyes económicas. — Artículos de historia contemporánea. — Polémica de Reinach y Broglie sobre la república francesa. — Retiro del emperador Guillermo a Wartburgo. — Preferencias por esta montaña. — Recuerdos religiosos que la consagran. — El recogimiento y el silencio. — Dificultades domésticas en la familia del emperador. — Terremotos en Grecia. — Caso rarísimo del ministro Staumbuloff en Bulgaria. — Malcontento y malestar de Servia. — Conclusión.

### I

Tras tantas amenazas de perturbaciones interiores y de guerras extrañas, nos hallamos hoy con que han pasado Europa y América por el terrible día de las manifestaciones casi revolucionarias del pueblo trabajador, por este nefasto día del primero de mayo, y

no se registra ni un ligero motín en los anales de la policía, vigilante y alarmada. Todo ha sucedido y todo se ha desarrollado en la mayor calma. Yo había previsto y anunciado este cambio en los espíritus y en los ánimos hace algún tiempo. La grande agitación de los años anteriores provino del mal pensamiento que tuviera Guillermo II convocando un concilio socialista en Berlín y sugiriendo con esta convocatoria esperanzas dementes á los pobres jornaleros europeos. Nada, sin embargo, tan utópico, y por ende tan en oposición abierta con la realidad, como esa increíble aspiración á regular por manifestaciones universales hechas contra los capitalistas en el mismo día la condición del trabajador y del trabajo. Suprimir al capital para prosperar á todos los jornaleros, es una insensatez tan grande como sería suprimir el Océano para cultivar todo el planeta. No se modifican las leyes de la Economía y de la Política con medidas gu-



EL GUITARRISTA, cuadro de Luis Graner

ornamentales, como no se modifican las leyes del universo; ni basta una manifestación formidable á orcer el curso natural de los intereses tan riguroso y necesario como la circulación de los átomos. Cuando los jornaleros imaginaron que un Estado tan fuerte como el Imperio alemán entraría en el camino de dirigir un movimiento como el generado por la utopía comunista internacional, agitaron mucho y promovieron procesiones cívicas encaminadas á cambiar las relaciones entre capital y trabajo á favor del último. Estas procesiones de jornaleros se parecen á las rogativas de los devotos. Lluève cuando Dios quiere, y no cuando el hombre reclama; se mejorarán las condiciones económicas del jornalero cuando se mejoren las condiciones económicas de la sociedad: obra de mucho tiempo y de muchísimos esfuerzos. Así ningún resultado próspero para el proletario ese asalto dirigido desde los cuatro puntos cardinales del suelo anglo americano al capitolio de Wáshington, como no sean prosperidades la detención de trenes en las vías y los encontrones de las muchedumbres amotinadas con soldados y guardias en la misma ciudad que parecía puesta en grave peligro y apretadísima. No debe, pues, extrañarnos que, bajo tal paz y en orden tanto, se den las inteligencias más conspicuas á resolver los recuerdos más vivos del tiempo corriente y á escribir la historia contemporánea en toda su verdad, al tocar las consecuencias rigurosas de premisas en las cuales han tenido magna parte. Así el duque de Broglie hoy estudia las causas del establecimiento definitivo de la República en artículo maestro, que ha insertado la *Revista de Ambos Mundos*, y al cual artículo acaba de responder con otro no menos importante mi amigo el joven diputado gambetista José Reinach. Que se perdiera la monarquía para siempre y que para siempre viviera la República, no puede Broglie comprenderlo, porque allá encastillado en los aristocráticos sentimientos de patricio y en las añejas supersticiones de monárquico, ignora toda la trasmutación sucedida en torno suyo y todo el cambio de la pública voluntad y conciencia. En estos cambios se hallan las causas generales; pero hay sumo interés en bajar desde tan alto á las causas subordinadas y segundas, que llamamos causas ocasionales. De todas estas referentes á la historia contemporánea de Francia, guardo yo un archivo en la memoria, por el culto que profeso á tanto y tanto excelso amigo francés como allí me distinguiera y me honrara con su confianza. El apetito entra comiendo, y así, después de haber leído á Broglie y á Reinach en estos últimos días, hame dado gana de trazar unos recuerdos personales míos respectivos á los meses transcurridos desde que Mac-Mahon diera su golpe del dieciséis de mayo del setenta y siete hasta que cayera, después de haber pasado por un período tan lucido como la Exposición del setenta y ocho. Pero lo remito á otros días, apremiado como estoy por más recientes sucesos.

## II

Mientras los conductores de la República francesa, viejos ó jóvenes, vuelven sus ojos á la historia contemporánea y á los hechos capitales de esta historia, el emperador Guillermo se recluye, solitario y reconcentrado dentro de sí mismo, en la célebre montaña, tan conocida por su importancia religiosa con el nombre de la Wartburgo. Cual dió á la isla de Patmos una inextinguible fama la presencia en ella de San Juan por haber allí escrito su Evangelio revelador del Verbo este apóstol predilecto de Cristo, dió una inextinguible fama por su parte á Wartburgo la presencia en tal montaña de Lutero por haber allí escrito su traducción de los Evangelios este fundador de la religión germánica. Bien merecía tal reposo Guillermo, después de haber cazado por las selvas germánicas, asistido á múltiples entrevistas regias, visitado las costas dálmatas, hecho una excursión por el Adriático y paseádose al amor de la poesía y de la naturaleza por los celestes lagos de Venecia. La montaña donde ha obtenido ese bien, á las gentes célebres tan caro, el bien de la soledad en agreste apartamiento, le habrá quizás enseñado que si para todos los mortales tiene un sólido precio el silencio, tiénelo mayor para los mortales que ocupan alguna cumbre altísima en el mundo. El elector de Sajonia en aquellos días, mucho más célebre á la verdad que el elector de Brandeburgo, progenitor de Guillermo II, llevó al Patmos germánico el revelador de la conciencia nacional alemana, para que por espacio de mucho tiempo se callase. A este precio, á precio del silencio, dióle aquel salvoconducto que al monje rebelde le aseguraba la vida el emperador Carlos V, su amo y señor. Para no promover nuevos conflictos con Roma, el orador debía callar y á toda costa reducir en sí cuanto le ocurriese á su inteligencia. Li-

bre en su palabra, quizás de grado callara Lutero; mas cohibido y obligado al silencio, la natural elocuencia de aquel enardecido ánimo debía brotar por sí misma con vivaz espontaneidad. Tenemos en nosotros inspiraciones instintivas, las cuales, por ser de la inteligencia, no pueden compararse con los impulsos de la voluntad, á causa de que en éstos obran á la continua tanto la conciencia cuanto la deliberación, mientras en aquéllos una fuerza casi divina, una revelación casi celeste, algo de eso que el poeta suele atribuir á las musas y que en la lengua extraña de la filosofía novísima se llama lo inconsciente. Como la naturaleza cría ese brevísimo ser denominado rui-señor, última y acabada expresión de sus más dulces melodías, con sensibilidad é inquietud de artista, con pulmones parecidos á los fuelles de un órgano, con flexibilísima garganta de la cual brotan gorjeos y arpegios sin término, cría también al orador, comunicativo, franco, abierto de corazón á todas las emociones y abierto de inteligencia también á todas las ideas, con transparente alma como la superficie de un lago al reflejo de todos los objetos, necesitado de espaciarse y de difundirse como los fluidos, vibrante siempre en sus labios la palabra, cuya aparición coincide con la aparición misma de la idea, que toma, hasta en los senos del alma, todas las líneas y todas las reverberaciones de la forma. Por consiguiente, más fácil que allegar de un orador el silencio, allegar de una flor aromosa que no difunda sus aromas, de un luminoso astro que no comunique sus destellos, de un ardiente volcán que no lance sus lavas, de un mar que no se encrespe en olas, de un huracán que no corra en ráfagas y en trombas; porque la virtualidad del alma resulta superior en todo caso á las infinitas é innumerables virtualidades del universo. Y hago estas reflexiones acerca de lo imposible que para Lutero fué siempre callarse, porque igual imposibilidad pesa también sobre Guillermo II, que parece orador de nacimiento, y orador abundoso. Así las disertaciones que compone con cuidado y recita de coro no tienen ya número, y los asuntos que trata no tienen medida por su incalculable variedad. Lo mismo dialoga con los números que con los teólogos; y lo mismo habla desde un balcón á la plebe que desde un púlpito á los creyentes; y lo mismo discurre acerca de los problemas sociales que acerca de la gracia eficaz; y lo mismo lanza una voz de mando en las maniobras militares que un juicio científico en las competencias literarias: poeta, sociólogo, general, economista, teologizante, un saco de letras y de ciencias. Así necesita, en la inquietud que le sugiere su temperamento nervioso y en las alturas donde con tanta facilidad nos aqueja el vértigo, un retiro, como el retiro aparejado hace cuatrocientos años por el elector Federico á Lutero, secuestrado por una compañía de caballeros con máscara y conducido á un sitio ante cuyos recuerdos debemos detenernos un minuto para unir lo presente con lo pasado en estas fugacísimas hojas.

## III

Los enmascarados condujeron al monje rápidamente y por sendas ocultas y por atajos tortuosos á este castillo donde ahora está Guillermo: tosca fortaleza con claustros y galerías del undécimo siglo, retiro inexpugnable desde cuyas alturas el alma humana puede como un águila volar sobre la tierra, elevarse á lo infinito, confundirse con la naturaleza, entregarse á la meditación según su grado. Leyendas católicas esmaltaban tan extraño sitio, desde el cual iba instantáneamente á posesionarse del mundo la revolución religiosa, dirigida contra el catolicismo tradicional. Allí habitó Isabel, esposa del landgrave de Hungría, en torno de cuya persona la tradición católica ha esmaltado mil leyendas semejantes á las que refieren los franceses de Santa Germana de Pibrac y los españoles de Santa Leocadia de Toledo. Dicen las crónicas legendarias que, como saliera la santa reina de su feudal palacio cargada de limosnas para los pobres, y bajo aquella carga que escondía de los profanos ojos la encontrara su marido y le dijese en son de amistosa queja y de cariñosísima pregunta por qué iba tan abrumada bajo aquel peso, convirtiósese todo él en rosas blancas y encarnadas, hermosísimas hasta deslumbrar la vista y bien olientes como las primeras flores del mundo recién nacido en los primeros días del Paraíso immaculado. Grande asombro para el monarca las rosas aquellas en pleno invierno y en tal región; pero no hizo más que coger una y llevársela al pecho por respirar en ella, con la esencia de su cáliz, la santidad de su poseedora. Pocos sitios tan bellos como el Patmos agreste y montañoso de Lutero. Verdes campiñas en todas direcciones se extienden; argenteados arroyuelos se desatan susurrando por todas partes; las montañas

lejanas se asemejan á condensaciones del aire celeste; los valles de Turingia surcan el maravilloso espectáculo y dan paz al ánimo que los contempla; cantan como á porfía las aves del cielo en las enramadas umbrosas; el aire se aviva y purifica en las eminencias sublimes; y el castillo, á pesar de su ceño, á pesar de su fortaleza, á pesar de su antigüedad, parece como un nido engarzado en la riente naturaleza que lo rodea en guisa de vivo y animado idilio. Pocos sitios tan idóneos para el recogimiento de las ideas, para la meditación sobre los problemas de la vida y de la muerte, para la paz del alma, para la comunicación estrecha y continua con el Eterno.

## IV

La verdad es que retiros así necesitan las personas soportadoras de pesadumbres sociales enormes, habiendo de responder á su cargo y de cumplir con sus deberes. Las últimas conferencias en Coburgo, motivadas por las bodas del gran duque heredero moscovita y del príncipe soberano de Hesse, hanle servido de suma contrariedad á Guillermo II. Primeramente se ha indispuerto con su abuela Victoria, porque pedía ésta un águila negra para su yerno Battemberg, y hanle dado tan sólo una águila roja, como á cualquier mortal, sin conocer la herida en su propio seno abierta por su propia mano, siendo el favorecido un tan cercano deudo. En segundo lugar el Edimburgo, tío carnal de Guillermo é hijo de Victoria, se empeña en sumar á su dotación como soberano alemán su dotación como príncipe británico, y esto ha dado margen á muchas riñas de familia. Luego el czar se ha incomodado con su hermana, la mujer del Edimburgo, porque, muy casamentera y entrometida, compromete á su sobrino, el gran duque moscovita, en una boda germánica, muy distante de la boda eslava, que apercibía en sus ensueños panslavistas para el futuro jefe de los esclavones. Todo sea por Dios. Cada día tiene su pena, y me adoloran más que los estremecimientos del corazón de Guillermo los estremecimientos del suelo helénico. Da horror pensar cuántas brutales fuerzas de la mecánica universal se conjuran contra obras del humano ingenio tan hermosas como el Partenón de Fidias, donde reina la eterna geometría de lo perfecto, y el Museo de Atenas, donde alzan las más hermosas estatuas del mundo los himnos triunfales que celebran la victoria del espíritu sobre la fatalidad y del ciudadano helénico sobre las viejas costas asiáticas. No le faltaba otra cosa que sumar desgracia tan terrible como los terremotos á tantas desgracias caídas en los últimos tiempos sobre las espaldas de Grecia. Para ver cómo ha disminuído su influjo basta considerar los aumentos alcanzados por el influjo de Bulgaria en los Balkanes. El caballo de batalla entre griegos y búlgaros es Macedonia, y ahora lo ha vuelto el sultán hacia Bulgaria. Las concesiones demandadas para las comunidades religiosas búlgaras y los obispados hanse satisfecho con largueza y á pedir de boca. Olvidando las guerras de otros tiempos y las terribles matanzas, Stambouloff ha pronunciado un discurso, en que reconoce cuán beneficiosa es á Bulgaria la nominal y honoraria supremacía reservada en el tratado de Berlín á Constantinopla. No es maravilla que con repúblico tan ducho en marrullerías diplomáticas y tan diestro en bogar entre difícilísimos escollos, Bulgaria prospere mientras cae Rumanía en poder de la prepotencia germánica y Servia en epilepsias revolucionarias. El golpe de Estado á cuya virtud rompió el rey servio la regencia y vulneró la Constitución, sólo ha cedido en provecho del padre que vendiera su primogenitura y supremacía por un plato de lentejas. Así hay quien cree que los Milochs habían de partirse pronto del trono y reemplazarlos con ventaja los Karas, enlazados con familia de tanto influjo sobre los esclavones del mediodía como los Nikitas del Montenegro. La verdad es que las protestas mendejan abajo, las dificultades arriba estallan, los conspiradores surgen, los pronunciamientos amagan, el disgusto popular crece, amenazan los radicales, y cruzan relámpagos revolucionarios por aquel horizonte cerradísimo. Pidamos al cielo que todo en paz y con justicia se arregle para bien del progreso y de la libertad universal.

Madrid, 6 de Mayo de 1894

## ESTATUAS

EN HONOR DE LOS HOMBRES ILUSTRES

Cunde felizmente en nuestro país la afición á decorar las poblaciones con estatuas de hombres ilustres, y es de esperar que lleguemos por este medio á los apetecibles resultados: á tributar el debido obsequio de nuestra veneración y gratitud á los esclareci-

dos varones que, habiendo contribuido, ya con sus heroicos hechos, ya con sus talentos, á engrandecer nuestra patria, aún no han obtenido esa demostración del público aprecio, y á fomentar en grande escala el ejercicio del bello arte estatuario, tan necesitado en España de ilustrada protección.

Cuando se despierta en un pueblo el generoso sentimiento de gratitud hacia los bienhechores de la humanidad ó hacia los hombres que le han proporcionado días de gloria con sabias leyes, con ruidosas victorias, con descubrimientos científicos ó con la fama adquirida en el cultivo de las artes y de las letras, una de las primeras manifestaciones de ese noble sentimiento es siempre el anhelo por inmortalizar la semblanza corpórea de esos seres que á los ojos de la generalidad aparecen como semidivinos, y entonces se recurre á las artes de la pintura y de la estatuaría para realizar esas venturosas apoteosis del genio. Entonces también con el entusiasmo nacional crece el ardor de los artistas y se centuplica el poder de su inventiva, y vienen para las artes días de prosperidad y grandeza.

Renacería, sin duda, si esa afición á erigir estatuas no se entibiase, y si con ella se desarrollara el gusto por las elegantes y duraderas decoraciones marmóreas; renacería, repetimos, aquella era feliz del siglo XVI, en que nuestra escultura, engalanando con sus caprichosas creaciones las fachadas y coronamientos de los templos, palacios, universidades, colegios, casas municipales, tribunales, lonjas y demás edificios públicos, sus salones y galerías, sus vestíbulos y patios, y hasta sus mismas bóvedas, y los paseos y los jardines con sus escalinatas y sus fuentes, tenía en cada centro de población importante una escuela de hábiles artistas.

Conviene recordar el puesto de honor que ocupaba la estatuaría en la vida pública y privada después que el lujo y la fastuosidad de las gentes del Asia y del Egipto se introdujo en las costumbres de los griegos y romanos, para que se comprenda cuánto camino tenemos aún que andar para merecer el dictado de amantes del arte; porque hoy, á decir verdad, aunque blasonemos de serlo por encargar á un escultor una vez en veinte años una imagen de talla para nuestra capilla, ó el busto en mármol de nuestro abuelo para un gabinete, nuestras más hermosas ciudades y nuestros más suntuosos palacios son muy poca cosa, comparados con la Roma y los palacios del tiempo de los césares.

En la antigüedad, ninguna nación culta superaba al imperio asirio en cuanto al número de las estatuas



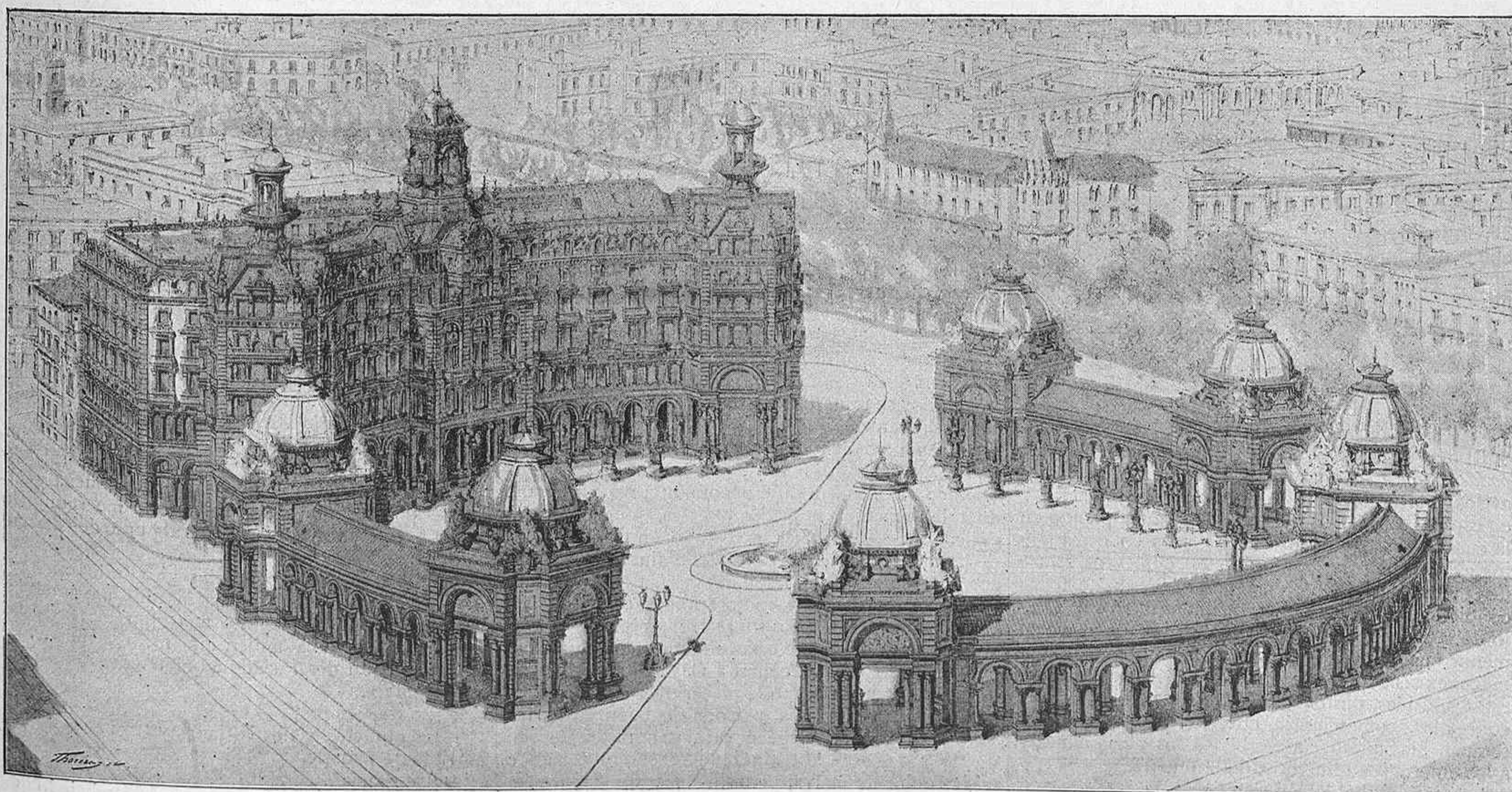
Muchacha veneciana, cuadro de E. Blaas

que decoraban sus construcciones arquitectónicas; pero el pueblo heleno le sobrepujó en la corrección y buen gusto de las que prodigó en sus plazas, templos y teatros. Pericles desplegó en Atenas una magnificencia que rayó en derroche; á su muerte todos los caudales del tesoro público fueron invertidos en estatuas y cuadros para los edificios que dejó sin concluir: á tal punto el pueblo ateniense se había acostumbrado á secundarle en sus despilfarros. Rodas, Delfos, Corinto imitaban en esto á Atenas, y los tebanos, vencedores de los atenienses, lo primero en que pensaron en cuanto alcanzaron la victoria fué en construir en la plaza de Tebas un gran pórtico con

estatuas y bajos relieves que representaban los tesoros arrebatados á los enemigos. Y á este tenor toda la Grecia; así sus edificios, sus plazas y hasta sus caminos eran como libros abiertos que enseñaban á los viajeros la historia y las artes de aquel privilegiado país.

Los romanos del tiempo de Marcelo eran todavía sobrios y austeros en sus costumbres como lo habían sido los griegos de la época de Milciades, Temístocles y Cimón, los cuales vivieron con la sencillez y modestia de los simples ciudadanos; pero después de los días de aquel inocente cónsul Mumio, que imponía á los encargados del transporte de las estatuas que había robado en Corinto la pena de costearle otras iguales si algunas llegaban á estropearse en sus manos, empezó la arquitectura de la reina del Tíber á engalanarse con esculturas, y las prodigiosas riquezas de este género arrebatadas á la Grecia dieron al traste con la antigua severidad romana; en términos tales, que no fueron ya sólo las imágenes de los ciudadanos ilustres y virtuosos las que sirvieron de ornato á la capital del Imperio, sino los despojos de las ciudades conquistadas, fruto de expoliaciones y rapiñas que la razón de Estado consentía á los codiciosos generales, á los despóticos gobernadores, á los emperadores tiranos, que estrujaban y esquilaban á las provincias sometidas, en beneficio del lujo público y privado de la corte. Entonces empezaron los edificios públicos y particulares á multiplicarse y embellecerse rápidamente á compás con la opulencia del Estado y formando contraste con la decadencia de las costumbres y la paulatina extinción de la fe política y de las públicas libertades. Las estatuas y las pinturas llegaron á ser el ornato obligado de todos los parajes destinados á satisfacer necesidades sociales y á proporcionar placeres. Agripa, aunque hombre de baja extracción y de carácter adusto, llevó á Roma estatuas de todas partes para decorar el Panteón,

las termas y los acueductos que hizo construir ó restaurar. Plino hace subir á más de trescientos los monumentos de mármol que este singular romano mandó colocar en diferentes edificios, y se cree que no entran en este número las muchas estatuas que puso entre las columnas del Circo. Augusto fué quien desplegó en esto más magnificencia, y no ha habido pluma que haya acertado á describir las riquezas reunidas en el pórtico del famoso templo de Apolo Palatino, aunque intentara hacerlo Ovidio y hubiese presumido bosquejarlas el elegante epigrama dirigido por Propertio á Cinthia. Véanse en el vestíbulo de su palacio, de un lado la serie de los reyes latinos, labrados en



BARCELONA MODERNA.-Reforma de la plaza de Cataluña, proyecto premiado del arquitecto D. Pedro Falqués

mármol, empezando por Eneas y Anquises y concluyendo con Numitor Amulio, y del otro lado todos los reyes romanos y los famosos capitanes que habían contribuido á afianzar y engrandecer el Imperio. En uno de los pórticos de este palacio había estatuas representativas de las diversas naciones del Imperio, de las que tomaba el nombre de pórtico *ad nationes*. Todas las construcciones que de tan maravilloso palacio formaban parte estaban profusamente enriquecidas con estatuas griegas de los más famosos maestros, y otro tanto sucedía con los demás edificios de que este primer emperador dotó á la ciudad de Roma, «ciudad que recibió de ladrillo y entregó de mármol,» según la expresión de Suetonio.

No hay para qué ocultar que mientras los buenos patricios destinaban á los edificios públicos el botín artístico recogido en las naciones vencidas y gastaban considerables sumas en su traslación á Roma, otros, codiciosos y egoístas, se llevaban á sus palacios y quintas aquellos tesoros del arte; vicio en que incurrió Verres, á quien increpaba duramente Cicerón poniéndole en desventajoso parangón con los Flaminius, Paulo Emilios y Mumios, los cuales con ejemplar generosidad enriquecieron los templos y las poblaciones de Italia con los despojos recogidos en sus conquistas, en vez de apropiárselos codiciosamente.

Sería tarea interminable reseñar todas las maravillas que la afición á las estatuas realizó en Roma, las que amontonó en la célebre *Villa Adriana*, en cuyo recinto se compendia todo lo más insigne de Egipto y Grecia, hipódromo, teatro, liceo, Campos Elíseos, el Cocito, el Flegetonte, el infierno bañado por el Teteo, y todo exornado con estatuas y pinturas apropiadas á cada lugar; las que adornaron las Termas de Diocleciano y Caracalla, las que se prodigaron en los anfiteatros y teatros, en el suntuoso coliseo, donde había colosos, carros y cuadrigas de bronce que hacían alusión al triunfo de Tito, etc.; en el teatro de Scauro, en el cual las estatuas pasaban de tres mil; en el de Pompeyo, ilustrado con las alegorías de las doce naciones por él subyugadas. Fuera de Roma presentaban los teatros la misma riqueza artística, porque no eran estos edificios destinados al recreo de los ciudadanos lo que son ahora: la parte principal era el escenario, y en él los intercolumnios estaban decorados con bajos relieves y estatuas de mármol y de bronce, como lo atestiguan las ruinas del teatro de Verona, que sirvió de tipo al Paladio para trazar su magnífico teatro de Vicenza. Además de la escena se decoraban en estos edificios otras partes, tales como la orquesta, y supónese que las dos célebres estatuas de los Balbos encontradas en Herculano procedían de los dos costados de la orquesta de su teatro.

A diferencia de lo que pasaba en Grecia, donde las viviendas particulares presentaron en todo tiempo gran sencillez en la decoración interior, las casas de los romanos acaudalados eran verdaderos museos. Las estatuas y los cuadros llenaban en ellas los vestíbulos, los corredores, las piezas todas. Lucrecio nos habla de estatuas doradas de jóvenes hermosos, destinadas á sostener las lámparas que iluminaban de noche las habitaciones. Pero era nada el lujo artístico desplegado en las casas de los patricios y altos funcionarios del Estado en Roma, comparado con el que ostentaban sus granjas ó casas de placer y sus jardines. La quinta de Régulo á la orilla opuesta del Tíber, la de Servilio, la de Cicerón en el Túsculum, abundaban en sus pórticos, salas y jardines en producciones de los Celámides, Scopas, Praxiteles y demás insignes escultores griegos.

PEDRO DE MADRAZO

#### DON APOLINAR

El mes de enero había sido crudísimo y *La Correspondencia de España* había cobrado un dineral por avisos mortuorios. Los lectores del popular periódico espantábanse todas las noches contemplando en la cuarta plana quince ó veinte cruces en otros tantos avisos chicos y grandes de fallecimientos. Entre los muertos los había de todas edades y de todas condiciones; burgueses, desconocidos fuera del círculo de sus deudos y amigos; banqueros de mayor ó menor cuantía; viejos ilustres, académicos, ex diputados, ex senadores, ex ministros, ex consejeros; literatos, músicos, pintores, militares de coronel arriba, concejales, comerciantes, etc., etc. Era aquello un rompan filas que hacía temblar á los pusilánimes y á los enfermizos temerosos de la muerte.

La gente no hablaba de otra cosa.

— ¡Jesús! ¡Fulano!.. Anteayer le vi en la Puerta del Sol con su mujer y por la noche le acometió la

pulmonía que le ha llevado al otro mundo en veinticuatro horas.

— ¡Zutano! ¡Qué desgracia! ¡Un hombre tan feliz, con unos hijos tan hermosos, con una mujer que es el tipo de la más perfecta belleza, con la fortuna hecha!.. ¡Morirse tan joven!.. No tendría más de cuarenta años...

— ¡Rodríguez! Pero si parece mentira. Un hombre que rebosaba salud y que acababa de ascender á coronel.

— ¡La marquesa del Plátano!.. ¡Jesús! ¡Jesús! Al año de casarse, cuando todo la sonreía, cuando triunfaban en los salones.

Los médicos de fama no tenían tiempo ni de rascarse. Las veinticuatro horas del día no les bastaban para visitar á los enfermos de verdad y á los aprensivos y miedosos, y además tenían que extender diariamente unas cuantas certificaciones de fallecimiento, que es como refrendar pasaportes para el otro mundo. Frotábanse de gusto las manos los empresarios de pompas fúnebres, y los cocheros y lacayos de estas empresas no se quitaban en todo el día el siniestro y ridículo vestido á la Federica, pues en verdad no comprendo por qué han de vestirse de máscara estos sirvientes para llevar muertos al lugar del eterno descanso.

La preocupación general, en tan duro invierno, notábase en todas partes; los teatros estaban llenos de tifus, es decir, de *gorrones* que no pagaban el billete; en los círculos, después de las diez de la noche, no quedaban otros socios que los banqueros y los puntos, á quienes aterraba más una cochina sota en puerta que la desaparición de la mitad de sus consocios. En el casino de Madrid reuníanse todas las noches varios amigos que no jugaban, y que antes de notarse tan excesivo aumento de mortalidad pasaban allí, en un gabinetito *confortable*, la mayor parte de la noche, hablando de las cosas de la villa, de política, de mujeres, de recuerdos de otro tiempo; todos eran ya señores mayores. Pero la grave alteración de la salud pública hizo retraerse á varios de asistir á la agradable tertulia, y los que asistían retirábanse prudentemente antes de las diez, como digo. Uno solo se quedaba allí leyendo los periódicos en la biblioteca ó contemplando á los jugadores. Era éste D. Apolinar Gómez, persona muy distinguida, militar retirado, perfecto caballero muy estimado de cuantos le trataban y que en otro tiempo figuró con lucimiento en la buena sociedad matritense.

Una noche, cuando los cuatro amigos suyos más íntimos se despedían de él á las nueve y media, don Apolinar les dijo, sonriendo amargamente:

— Pero ¡qué miedo tenéis!

— ¡Miedo!, exclamaron los cuatro.

— Sí, amigos míos, tenéis miedo á la muerte, que estos días no se da punto de reposo.

— ¡Hombre!, dijo uno, la verdad es que los ejemplos que se ven son poco tranquilizadores.

— Yo no tengo miedo, dijo otro, pero bueno es ser prudente. El doctor Tardío dice que trasnochar ahora es funesto.

— No hagas caso del doctor. Nadie se muere hasta que Dios quiere, añadió Gómez.

— Zarzuela en un acto, letra de Serra, música de Oudrid, agregó jovialmente uno de los amigos.

— Y no hay que tener miedo á la muerte, continuó D. Apolinar, ni desear no morir, ni pedir, siendo cristiano, á Dios que nos conserve la vida cuando nos consideremos expuestos á perderla. Si no tuviera tanta prisa os contaría algo que no sabéis de mi propia historia, para persuadirlos de que cuando la muerte viene á sacarnos de este mundo perecedero es porque nos conviene.

— ¡Hombre!, será curioso lo que nos vas á contar.

— Si queréis oírlo, sentémonos; os convidó á te y á cognac.

Y todos se sentaron y oyeron á D. Apolinar contar lo siguiente:

— Tenía yo cuarenta años, hace diez, y era felicísimo. Acababa de heredar de un tío desconocido 750.000 pesetas en dinero contante; mi mujer me adoraba; mis hijas eran dos ángeles, que hacían mi delicia con sus donaires, y vivía yo, en fin, en medio de hermosas realidades y lleno de ilusiones y de risueñas esperanzas. No tenía ninguna contrariedad, ninguna preocupación enojosa; todas eran satisfacciones para mí, todo me sonreía, el presente y el porvenir... Pues bien: en estas circunstancias, una noche, saliendo de oír cantar á Gayarre *La Favorita*, que era en aquel tiempo el placer más intenso que podía experimentar una persona de buen gusto, me sentí indispuerto. Llegé á casa dando diente con diente, me acosté, abrigándome mucho y tomando tazas de flor de malva, pero sin conseguir la reacción. Mi mujer alarmada llamó al médico, que no vino hasta la madrugada. Me examinó, y según me dijo

mi mujer cuando pasó el peligro, torció el gesto, como diciendo: «¡Malo! Este enfermo se me va por la posta.» El segundo día me halló peor que el primero, y el tercero peor que el segundo, y el cuarto se creyó en la obligación de manifestar á mi pobre Adela que era preciso viaticarme. Figúraos lo que sufriría mi mujer, que me adoraba como á un santo; pero su conciencia de buena cristiana le imponía el deber de no dejarme salir sin confesión de este mundo. Ella, con mil rodeos y haciendo los más dolorosos esfuerzos para que yo no viera las lágrimas en sus ojos, cumplió el encargo del médico. Y éste, después, cuando supo que estaba yo dispuesto á cumplir mis deberes de cristiano que se va, no tuvo ya inconveniente en exponerme su fatal pronóstico, queriendo atenuarlo con que se podía esperar mucho de mi fuerte naturaleza y con que otros enfermos bastante más graves que yo se habían salvado. En verdad os digo que la noticia me hizo una impresión terrible. Yo no tenía ninguna gana de morir; hallábame en plena felicidad en este mundo, y me sabía muy mal, pero muy mal,irme tan prematuramente al otro, y á pesar de la gravedad de mi estado, empecé á pedir mentalmente á Su Divina Majestad que me conservase la vida y se apiadase de mi mujer, de mis hijas y de mí. Sin embargo, confesé, recibí la Comunión y la Extremaunción y me dispuse á morir, si no había remedio, pero mientras conservé el conocimiento no cesé en mi plegaria. Así llegué al séptimo día de mi enfermedad, que el médico aseguró sería el de mi muerte. Mi familia y mis amigos rodeaban mi lecho; todos lloraban, todos rezaban, y yo, con dulcísima calma, sintiendo cómo se iban agotando mis fuerzas vitales, elevaba con el corazón ferviente plegaria á Dios Todopoderoso suplicándole la vida que se me escapaba. El médico había dicho al marcharse: «Dentro de un par de horas todo habrá concluido.» Cuando volvió traía ya extendida y firmada la certificación con la hora del fallecimiento en blanco, y le llenó de asombro saber que el muerto vivía y estaba bastante tranquilo. Era un hombre sincero. Otro médico se habría atribuido mi curación; pero él confesó noblemente que en el estado en que me dejó no podía menos de hallarme difunto cuando volviera, y que estando yo, no sólo vivo, sino aliviado, era milagro patente, un milagro de los que nunca ha hecho ningún médico. A los cuatro días hallábame convaleciente de mi enfermedad, y en posesión absoluta de la felicidad que tanto temía perder. Siempre he creído firmemente que Dios oyó los ruegos del moribundo y me concedió la vida. Preguntad, si queréis, á mi médico de cabecera, que es el doctor Bermúdez, y le oiréis decir que á no ser por la acción de un poder sobrenatural, era imposible que yo recobrase la salud.

— No estarías tan malo... Bermúdez exageraría la gravedad de tu estado...

— ¿Pues no os digo que reconoció y confesó que mi curación no se debía á sus cuidados?.. Creedme: fué obra de la Providencia exclusivamente, y esta certidumbre la he adquirido después. Dios quiso demostrarme que en aquellas circunstancias, cuando yo era feliz, cuando nada me faltaba, cuando no había para mí más que satisfacción y contento, la muerte debía recibirla como un beneficio más, porque morir feliz no es ciertamente una ventura de que gozan muchos.

D. Apolinar calló un momento, y luego en tono más grave prosiguió:

— Todos sois mis amigos verdaderos y me inspiráis completa confianza para que, ya que he empezado, acabe de contaros mi historia íntima. Recobré la salud por completo, y fué más grande y más intenso mi regocijo de seguir viviendo que mi temor á la muerte. Pero, amigos míos, Dios me había otorgado la vida que le pedí me conservase, pero no le había pedido que me conservara también la felicidad, porque de ésta, viviendo, consideraba segura la posesión. ¡Qué engaño el mío!.. Antes de mucho tuve que deplorar que no se realizara el pronóstico del doctor Bermúdez. Seis meses después de haberme salvado yo murió mi mujer, mi pobre mujer, tan buena y con la que fuí tan ingrato, porque al año me sedujo la gracia de otra, volviéndome loco al punto de casarme con ella.

— Eso no lo sabíamos..., dijo uno de los amigos.

— Me casé en Andalucía, enamoradísimo como un inocente. En dos años gasté una gran parte de mi fortuna con aquella mujer, que me era infiel... El amante era un desgraciado á quien consideraba mi mejor amigo...

— ¡Lo de siempre!

— Le abofeteé y nos batimos, y tuve la desgracia horrible de matarle.

— ¿Desgracia?..

— Sí, vosotros, por dicha vuestra, no sabéis lo que pesa un muerto, mejor dicho, su sombra. Perdida la



MES DE MAYO,  
copia del cuadro de F. Markham Skipworth

mujer locamente amada, muerto el amigo, herido el corazón, sin calma la conciencia, creí hallar el consuelo único en el amor de mis hijas, las hijas de mi primera mujer, la buena, la santa. Y experimenté un dolor más agudo todavía que los que me produjeron la traición de mi segunda esposa y la muerte de mi amigo á mis manos. Mis hijas ya no me amaban. Justo castigo de la ingratitud con que pagué á su madre la incomparable ternura y la abnegación con que me quiso. Amaron á su madre; vieron mi olvido, mi abandono, y no pudieron perdonarme. La una murió, murió de pena por su madre y de ver á su padre dar su nombre á una mujer indigna, y la otra... la otra huyó de mí para encerrarse en un convento. Estoy solo, estoy pobre; lo que me quedaba de fortuna lo perdí en ruinosas empresas en que me empeñé, creyendo que así podría distraerme de mis pesares, que podría olvidar, que podría consolarme de la desgracia de no haber muerto cuando estuve á la muerte, cuando era tan feliz. La pobreza es lo que menos me importa; necesito poco. Sin embargo, ¿quién sabe?.. Puede que viva tanto, que antes se agoten por completo mis recursos, y tenga la miseria por compañera de mi vejez. Ahora convendréis conmigo en que la muerte en plena felicidad, cuando no se tiene en la memoria la obsesión de los amargos recuerdos, ni en el corazón la hiel de las traiciones y los desengaños, ni en la conciencia la tremenda pesadumbre del remordimiento, cuando se está rodeado de seres amados y que os aman, es preferible á la vida penosa, estéril, que Dios me ha concedido... No hay que ver con espanto la muerte, no hay que importunar á la Providencia pidiéndole más vida... porque, en pureza, suele exponerse quien tal hace á importunarla después pidiéndole la muerte. Y puede exponerse á no ser oído, añadió D. Apolinar con una amarguísima sonrisa.

CARLOS FRONTAURA

## LA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL

DE BELLAS ARTES

### II

Dije en el artículo anterior que me limitaría principalmente al estudio de aquellas obras que nos hablan de las nuevas direcciones artísticas contemporáneas. En las discusiones sobre la Exposición, suele verse en esta predilección por el arte de última hora un exclusivismo funesto. Las objeciones contra el que llaman muchos «modernismo», con frase muy vaga, pueden resumirse en estos términos. Por de pronto se repite la manoseada sentencia de que «todos los géneros son buenos, exceptuando el enojoso.» Después, se recuerda que, sea cual fuere el *credo* de un artista, su obra debe tener un carácter *personal*, lo cual indudablemente anula la importancia de toda doctrina, de toda predilección sistemática, de todo dogmatismo excluyente. Se añade luego que no hay obra de arte digna de este nombre, si no nace viva de una impresión sentida intensamente y sinceramente exteriorizada. La más perfecta sinceridad debe ser la primera virtud del artista. Es la primera condición que hace interesantes las obras, aun las medianas. Para una persona de gusto educado, quien dice lo que siente, será siempre superior, en su misma medianía, á todo imitador rastrero que atiende al éxito reinante por vanagloria, y lo que es peor — y bastante común, — por interés mercantil. Y como cada artista tiene su modo de sentir y de ejecutar, cuando es sincero, y sólo esta sinceridad le hace respetable, de aquí que sea un mal todo exclusivismo en la crítica, y se cometa grave daño preconizando un género, un estilo, un procedimiento, una tendencia, con exclusión de los restantes. La atmósfera que así se forma sofoca en el artista independiente su personalidad; le arrastra á la imitación y á la mentira, arrebatado por la corriente general. Este es en definitiva — se clama en todos los tonos — el resultado funestísimo de los dogmas, los partidos, las sectas, las fórmulas que oprimen en arte el libre juego del espíritu; resultado tanto más lamentable y sin fundamento racional, cuanto que la naturaleza no ha dogmatizado, no ha catequizado, no ha predicado nunca, y ahí está, serena, pródiga, sublimemente generosa, permitiendo que cada cual la interprete á su modo y ofreciéndose tan múltiple en sus aspectos cuantos son los que saben sentirla.

Todo esto es verdad y no he de negarlo. Sobre todo, la sinceridad del artista — que invalida todo sistema — es condición que no puede echarse en olvido. ¡Ojalá no la olvidaran los artistas! ¡Ojalá fuera ella una suerte de religión! ¡No constituirían entonces las exposiciones como la presente tantos plagios sin alma, tantos remedos sin sentido! No veríamos

entonces engendrarse en el arte moderno tantas convenciones, apenas desaparecidas las antecedentes; no tendríamos siempre obras de receta, en cuanto la sanciona el éxito, ni pasaría de un estilo á otro el que no lo tuvo nunca suyo, como una mujer muda de figurín cada temporada.

Pero con lo dicho, los que todo esto objetan, olvidan muchas cosas y confunden otras, á mi juicio. No diré, descendiendo al caso presente, al de la Exposición actual, que nadie tiene la culpa, sino los mismos artistas, de que lo mejor y lo más interesante en aquellas salas, sea lo poco nuevo, aun siendo poco y no totalmente desconocido aquí. Pero, aun fuera de esto, se olvida que el arte evoluciona constantemente como todo, y si á una crítica de inventario, empeñada en repartir palmetazos ó premios, le puede parecer de su incumbencia dar á cada cual lo suyo, á quien guste de estudiar el arte en sí mismo, como se estudia cualquiera manifestación social, le interesará siempre mucho más seguirle en sus evoluciones nuevas, que rezagarse respetando personalidades conocidas. Estas tienen derecho á no variar, ¿quién lo duda!, pero nadie ha de limitar tampoco el derecho ajeno á pasar á otra cosa, á investigar con toda imparcialidad cómo entienden el arte los que van llegando.

Por otra parte, la verdadera personalidad artística, en su más alto sentido, como sinónima de individualidad aislada que escapa á toda dirección, y por aquí á toda clasificación y sistema, es mucho menos común que lo que se cree. Aun sin ser el artista imitador servil de la obra ajena, es hijo de su tiempo; obedece muy sincera y vivamente al influjo de su época. Por aquí, cada una de ellas tiene su arte, y su carácter propio, cada evolución, á despecho de la personalidad de los que la realizan. Nada lo prueba tanto como la posibilidad indiscutible de agrupar á los artistas pasados en grupos nacionales y étnicos, en escuelas, por fechas y hasta por reinados, sin que las excepciones, siempre escasísimas, destruyan el concepto general. Nada tan evidente como que una obra artística lleva siempre en su estilo, por personal que sea, su fecha y su procedencia. De aquí que cuando se habla de nuevas direcciones en lo presente — lo mismo que cuando se agrupa á los autores por escuelas en lo pasado, — se realice una tarea muy racionalmente fundada en la realidad, que no es ni ha sido nunca incompatible con la personalidad individual de los artistas, que no la cohibe ni la perturba, que no es sinónima de exclusivismos, ni fomentadora de ninguna rutina. La unidad genérica, propia sólo para la teoría artística, no se opone á la variedad específica, individual, de la realidad y de la práctica. No hacemos otra cosa que reconocer un hecho al cual no se sustrae nadie de un modo absoluto: el influjo de su época. Basta, pues, no tomar estas frases elásticas de «nuevas tendencias», de «direcciones modernas», de «modernismo», etc., en un sentido limitadísimo, sinónimo de este ú otro género, para dejar á salvo los derechos de la individualidad. Sólo los que, por ignorancia ó por malicia, unen á cualquiera de aquellas frases el nombre de un par ó tres de autores, ó el recuerdo de dos ó tres obras — que los importunan, — sólo éstos pueden clamar contra el derecho de estudiar las corrientes nuevas, por más interesantes que lo ya conocido.

Que éstas existen y se engruesan todos los días, nadie lo duda. Que el arte está experimentando una crisis y va á una radical transformación, lo ven los ciegos. Más vale, pues, examinarla desapasionadamente que oponerse á ella. Desde luego, no se trata sólo de una, sino de varias tendencias, aunque con un nexo común. No está tampoco la transformación en tentativas aisladas, en el uso de esta ú otra tonalidad, en tales ó cuales inspiraciones, ó en extravagancias de sectarios, congregados misteriosamente en conciliábulos heréticos. La evolución es más grande y más seria y no se puede juzgar de ella, como hacen algunos aquí, por simples estudios, ni por ensayos *originales á toda costa*.

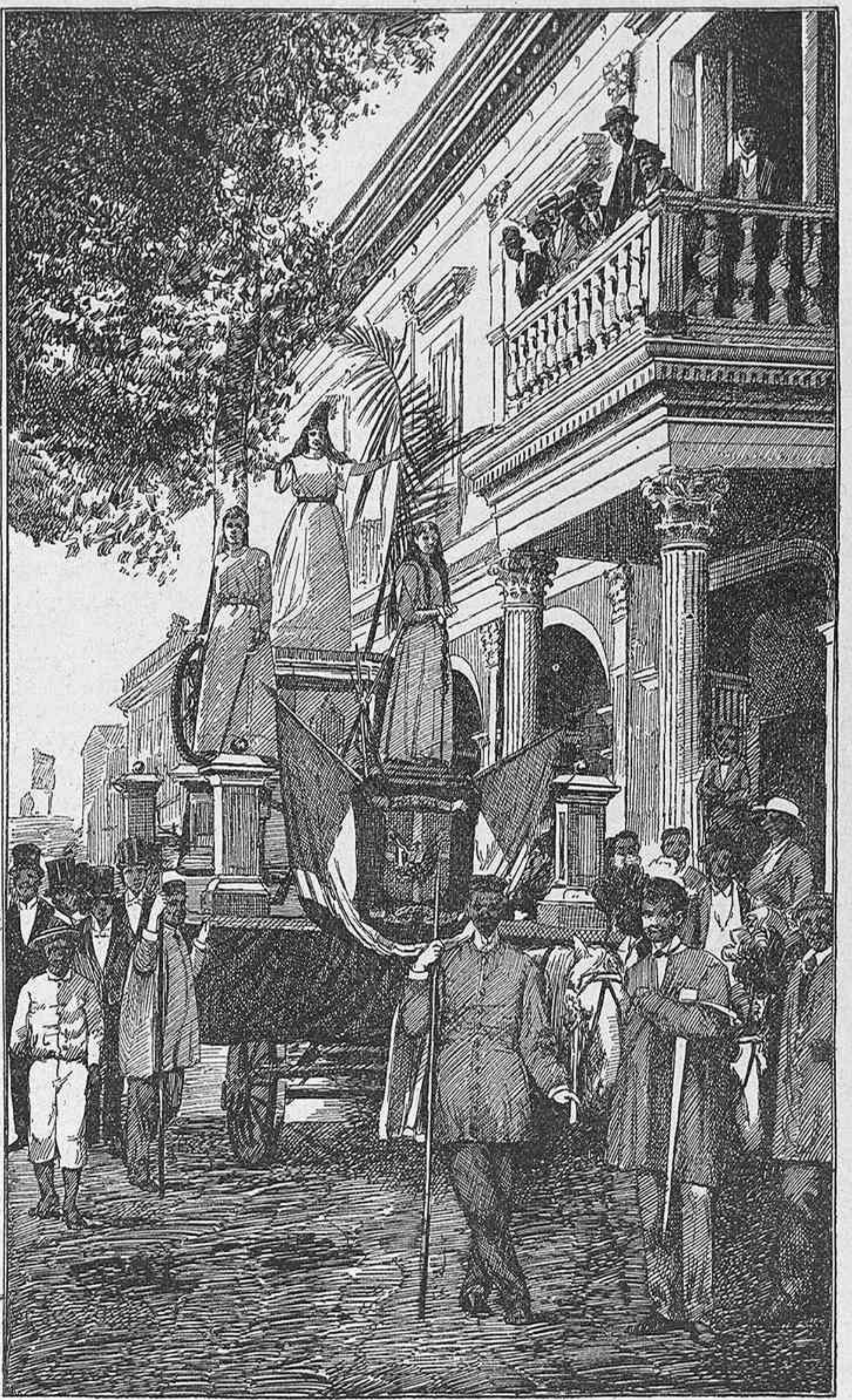
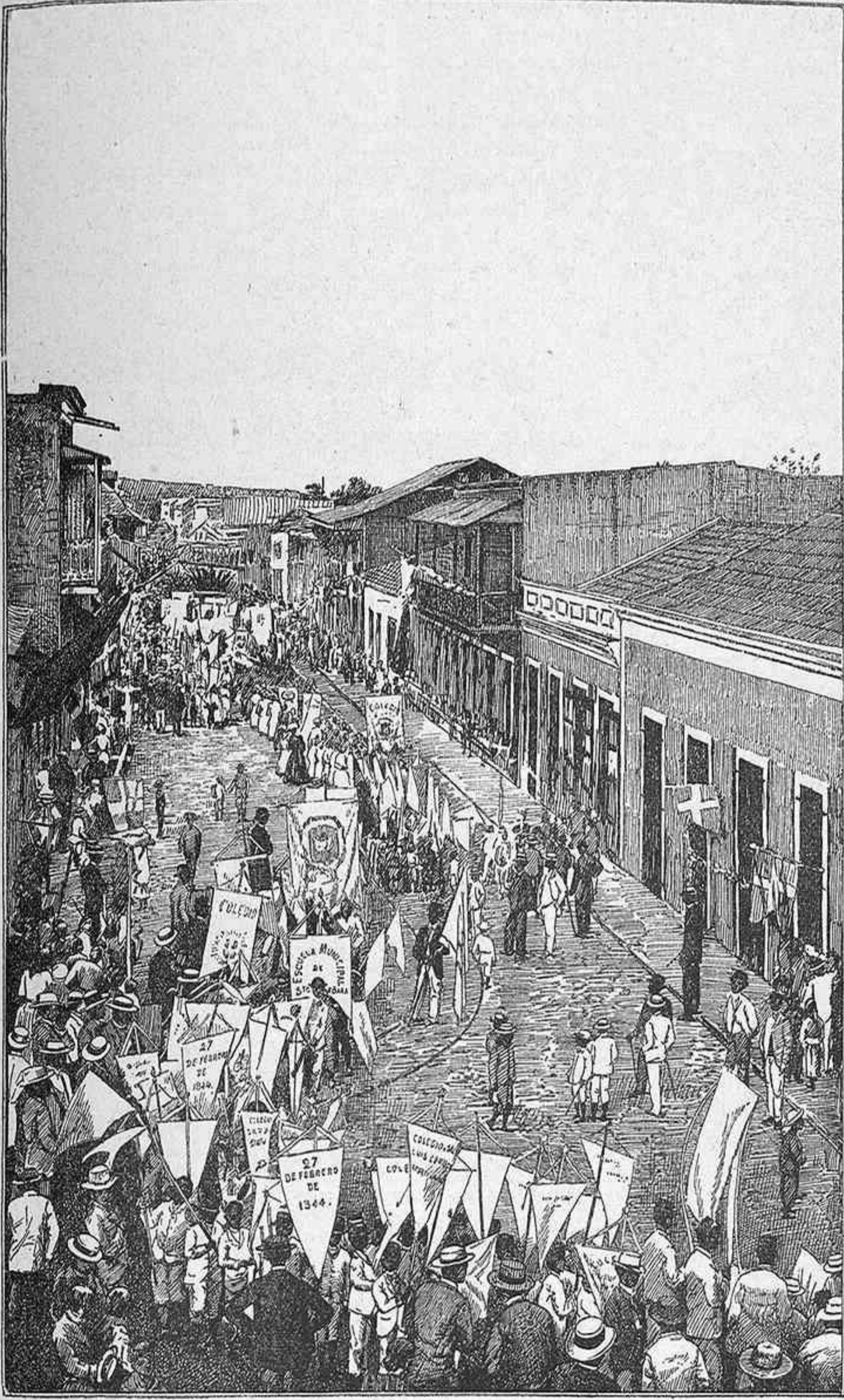
En pintura, es indudable que el estudio al aire libre (y por aquí el paisaje en que naturalmente se ensayó desde un principio), ha ido modificando, transformando y utilizando el sentimiento del color en el presente siglo. El afán de la atmósfera-verdad, ha traído la observación, refinada cada día más, de las coloraciones ambientes y de las combinaciones sutiles de reflejos. Se ha visto que la luz y el aire no hacían sentir tan sólo hacia fuera su coloración y su densidad: también en el interior, como en el espacio libre, se combinan y producen efectos invisibles á los ojos vulgares, pero perceptibles á los más refinados sentidos de un artista. Los pintores modernos que han estudiado los interiores como un exterior, han intentado hallar en el estrecho espacio de las

habitaciones las armonías secretas del aire y de la luz que vibran en las habitaciones cerradas de un modo más sordo que el aire libre, pero que existen seguramente. De aquí aquellas obras, cuya primera impresión ha desconcertado al público; de aquí, no ya sólo la neblina grisienta de ciertos cuadros, aún combatidos actualmente (como si fueran la única nota que ha traído la evolución), sino también al lado de ellos los efectos de plena luz solar, más verdaderos é intensos que nunca, y la escrutación de las iluminaciones artificiales.

Pero no existe sólo en esta técnica un positivo progreso. Con ella, con la mayor verdad y fluidez del ambiente y de la luz, ha venido una mayor simplificación del dibujo, una visión sintética de los mismos espectáculos reales, que ha sido como el primer paso á una nueva idealidad, una selección más depurada y exquisita de las realidades concretas, un hábito de distinción y sentimiento que alejó cada día más á los artistas de la vulgaridad maciza, pesada y prosaica, tan común en los temas de un realismo casero y mal sentido. Bien puede compararse esta evolución lógica y apenas perceptible en los primeros años — que no reacción violenta ni repentina — con el cambio que experimentó paralelamente la literatura. En ésta la constante tarea de la observación aguzó, refinó, acabó por simplificar el análisis, y trocó la pura sensación, casi brutal y pletórica, en sutil psicología. En pintura, la mayor sutileza y refinamiento en la interpretación del natural, y la simplicidad de la visión, han dado á las obras modernas un carácter parecido, un sentimiento más penetrante, una predilección por lo menos vulgar, más íntimo y delicado. El paisaje, henchido de aire fluido, de vaporosas lontananzas, parece más que sólidamente real y consistente, una visión del artista, una interpretación libre que adquiere la inconsistencia de lo soñado. De la múltiple variedad de los espectáculos reales, se eligen ya con más frecuencia los episodios de la vida familiar ó íntima, apacibles y serenos, impregnados las más veces de extraña melancolía, como alejados de todo contacto grosero, despreciadores del tumulto vulgar y de la vida corriente de las multitudes.

Aunque procediendo de autores de personalidad muy diversa, con muy distintos procedimientos y carácter, las pocas obras salientes de la Exposición actual recuerdan todas algunos aspectos de la evolución indicada. Se bañan en aquel ambiente fluido y dilatado, que los trueca en algo más que en una imitación pintada de la realidad, los paisajes deliciosos del holandés Ten Cate; los países nevados, el puente de Londres, la visión nocturna sobre el Sena ó en el bulevard con el alumbrado kiosco, etc.; los poéticos crepúsculos de Macaulay Stevenson y el de Morbelli, los magistrales pasteles de Defaux, el jugoso y húmedo paisaje de Hamel, etc., en la sección extranjera. Son notabilísimos ejemplares del estudio de la luz solar, espléndida y radiante, ó remisa y triste, el *Village*, de Gillot; la tierna, alegre y luminosa pradera, de Villaert; el estudio de una *Niña*, de Jiménez Aranda; los magistrales interiores del citado Morbelli, su *Iglesia*, su *Giorno di festa*, donde se funde la más sorprendente verdad con el sentimiento de melancólica paz de un asilo, casi sin gente. La escrutación de los efectos de la luz artificial reflejada — estudio frecuente de muchos artistas extranjeros en pasadas exposiciones — aparece también en los pocos cuadros salientes de la nuestra. Graner tiene en ella su *Herrería*, obra vigorosa y de gran empuje, con figuras de tamaño natural, que alumbran los rojos reflejos de una fragua encendida, y el retrato de Casellas, sumido en la penumbra de su despacho iluminado en primer término por una lámpara. Otro estudio de luz artificial, de sorprendente verdad y distinción, de Casas, figura en la sección española, y otros dos, de Blume, en la sala de Munich; de los dos prefiero la escena familiar con figuras de gran tamaño, en torno de una mesa. Mayor carácter moderno se nota en las obras de Regoyos y Rusiñol. Regoyos tiene en la sección española el espectáculo de un bulevard en noche de lluvia, de un movimiento y una vida admirables, y el pórtico de la catedral de Bruselas. No hablo de las otras dos, porque aun siendo las preferidas por algunos, no me parecen tan notables como las citadas. Los interiores de Rusiñol se distinguen por una armonía de tonos exquisita y por la distinción y expresión en extremo sugestiva de sus figuras femeninas, de un sentimiento delicado, aunque enfermizo, como cierta literatura corriente, pero que, en suma, se aparta de lo vulgar y es como la promesa de una nueva poesía, á la cual sólo le falta curarse de su íntimo desaliento.

Otras obras hay con éstas que resaltan por encima de las vulgares por una inspiración más sobria y selecta, ó por su esmerada ejecución, resultado de una viril labor, aunque se aparten de aquellos proce-



Fiestas celebradas en Santo Domingo con motivo de las bodas de oro de la República Dominicana  
La procesión cívica.-El carro municipal

dimientos que se atribuyen exclusivamente á los autores nuevos. Hummel tiene en la sección extranjera su *Moribunda* - una de las obras superiores de la Exposición actual; - Stokmeyer, un retrato al pastel, delicioso como suyo; otros, la Beury-Sorel, dos de las cuales - el de Madame Severine y el *La lectora*, - son para mí más dignos de elogio por su dibujo, (vigoroso en el primero, delicadísimo en el segundo) que por su color. Entre los españoles figuran en primera línea: *La Huelga*, de Cutanda, henchida de movimiento y de expresión; el finísimo estudio de desnudo de Casas; el grandioso paisaje de Vancells; la elegante figura de mujer, de Felfu, y una cabecita de Brull. - Esto es, á mi juicio, cuanto puede citarse entre las obras de género en una compendiosa reseña, si dejamos á un lado lo que ya todos tenemos conocidísimo.

Pero ¿bastan estas obras para formar concepto cabal de las direcciones modernas? En algunas de ellas sólo vemos simples estudios; en otras, el anuncio de nuevas concepciones; en las más, el predominio de una técnica más seria, más segura, menos superficial y amanerada que hasta aquí; pero no puede decirse que sólo por tales muestras pueda juzgarse del verdadero arte contemporáneo. En este sentido, la Exposición es deficientísima. De la pintura mística, de la alegórica y ornamental y aun de la misma histórica, interpretada en el mismo sentido, no hay ninguna obra en aquellas salas. El interminable lienzo de Luna, *La profanación de los sepulcros de los reyes*, - á pesar de su notabilísimo fondo, de un carácter algo escenográfico - es tan sólo un cuadro de historia tal como se ha entendido ésta hasta aquí en nuestra pintura y en el teatro: una página declamatoria y efectista. La escena evangélica de Llimona, con el título de *Venite et prandete*, no satisface, ni el pintor convence esta vez como otras, á pesar de la inaudable belleza del último término del paisaje, apacible y sentido. Tampoco puede darse por obra acabada en su línea, ni mucho menos, el cuadro de Clapès, con todo su genial temperamento y su senti-

miento de verdad en las mejores figuras de su composición. En cambio, es harto visible para todos la extrañísima incorrección de la principal, que denuncia absoluta indiferencia por todo lo que no sea herir fuertemente la atención del espectador, arrancando su aplauso á la emoción sola y no á la fruición artística que causa únicamente el equilibrio entre lo bien concebido y sentido, y lo bien ejecutado.

En el número siguiente terminaremos nuestra excursión por las salas de escultura, dibujo y escenografía.

9 de mayo

J. YXART

JUICIO POR JURADOS

He sido jurado y no se me olvidará fácilmente. ¡Qué días tan amargos! ¡Qué noches tan tristes! Pensando siempre en «hacer justicia;» pidiendo á Dios que me sacara pronto y con bien de mi cargo. Yo había creído que reunir á un pelotón de señores casi, legos casi, en su mayoría, era tanto como llamar á junta facultativa á los vecinos cuando tuviéramos en casa algún enfermo.

- Yo no sé lo que tiene el enfermo, opinaría un vecino.
  - Calentura, explicaría otro con naturalidad y valentía.
  - Mi dictamen es muy sencillo: baños de agua fría.
  - Es verdad; así, por lo menos, se le despensa pronto.
  - Eso lo dirá usted.
  - Y cualquiera que tenga sentido común.
  - Yo le aplicaría seis docenas de sanguijuelas...
  - Sí; ya suponemos, no siga usted.
  - Y dos sangrías de veinte onzas.
  - Mejor es hacerle la «transfiguración» de la sangre.
- Pero fuí jurado y conocí mi error.

A los pocos juicios andaba yo por casa con cierta gravedad, y con gabán-saco á manera de toga, y pensando siempre en lo mismo.

En cuanto nos reuníamos en la Audiencia para que nos sortearan, ya estábamos hablando de lo mismo. Era natural: de la profesión.

Entre mis compañeros, «jurisconsultos como yo,» había representantes de diversas clases sociales.

Un repartidor de entregas de novela, un ilustrado fosforero, el dueño de una carbonería, enlutado él por el polvillo de la profesión, un propagandista de verduras callejero y otros *sportmans*.

El jurado, desde el momento en que se ve entre los llamados, se debe á la administración de justicia.

Deja de ser padre de familia; deja de ser funcionario público; deja de ser médico ó abogado ó ingeniero ó albañil ó lo que sea, para entregarse á la judicatura accidental.

Sorteado y elegido por este procedimiento, el deber del jurado es ver, oír y fallar, con arreglo á su conciencia y conocimientos accesorios.

Recuerdo con horror uno de los juicios en que funcioné.

El acusado era un venerable anciano, reincidente, no como anciano sino como... ladrón involuntario, según él.

Pedía el fiscal doce años de presidio para el delincuente, y el abogado defensor la absolución libre.

Verdad es que en otra causa había pedido el fiscal la pena de muerte y el defensor la absolución libre.

Otro jurado más experto, el fosforero, me aleccionó, diciéndome:

- Es lo que piden siempre; yo he repasado en el puesto el Código penal, en los ratos de ocio, y me ha servido de mucho.

- ¿Para la venta de cerillas?

- No, para este caso: leo con algunas dificultades, pero me entiendo.

Nuestro delincuente manifestó que había pasado lo mejor de su vida entre la cárcel y los institutos del ramo de penales.



UN CONCIERTO DE LA ACADEMIA MUSICAL DE MUNICH EN EL REAL ODEÓN, DIBUJO DE RENATO REINICKE







El recién llegado sujetaba á su cochero por la nuca

## ¡VENCIDO!

NOVELA POR JUAN DE LA BRETTE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— Con la gracia de Dios se puede evitar siempre la vanidad, replicó Frasquita bruscamente; pero ¡ah!, aquí viene una visita para usted, señorita, y es alguno que no se enorgullecerá nunca de su belleza.

Susana volvió la cabeza, y no pudo reprimir una exclamación de alegría; después ofreció sus dos manos al visitante, diciéndole:

— ¡Al fin, querido Marcos!.. Merecía usted que le agobiara con mis reprensiones; pero me alegro tanto

de verle, que ya no pienso en decirle cosas desagradables.

El hombre á quien Susana recibía con tanta familiaridad era de escasa estatura y contrahecho; pero su rostro, muy simpático, no era de una exagerada longitud ni de aspecto enfermizo. Completamente afeitado, tenía facciones muy pronunciadas, y ojos negros, notables por su expresión inteligente, y en su boca observábase esa curva severa que indica la lu-

cha y también el sufrimiento. Primo lejano de la madre de Susana, había mantenido con el Sr. Jeuffroy relaciones íntimas de parentesco, á pesar de la secreta antipatía que le profesaba.

— Me ha sido imposible venir antes, querida prima, y debí contentarme con escribir á usted. Habrá sabido ya que me hallaba ausente, y además de esto he tenido muchas ocupaciones. ¡Pero qué hermosa está usted! Las alegrías de la novia le sientan muy bien.

— Pues no puedo devolverle el cumplido, contestó Susana mirando á Marcos con interés. ¡Qué aspecto de fatiga tiene usted, amigo mío!

— He trabajado con exceso de algún tiempo á esta parte, y acabo de sufrir una crisis industrial que me ha inquietado vivamente. Ahora ha concluido ya y voy á descansar.

— Sí, repose usted, replicó Susana afectuosamente, pues sentiría mucho verle enfermo.

Las mejillas del Sr. de Preymont se colorearon, y contestó con tono ligero:

— Tranquílcese usted...; tengo fuerza para resistir un poco de exceso en el trabajo.

— Ahora que su fábrica de hilados le marcha tan bien, repuso la joven, no me explico por qué se toma usted tantas molestias. Así lo decíamos ayer con el Sr. Veland.

— Es mucha bondad por parte de usted, contestó Marcos con un poco de ironía; mas el trabajo es para mí tan necesario como el aire para respirar.

— ¿Sabe usted que se dice que busca la popularidad para llegar á ser diputado? Yo contesté que no lo creía.

— Y tiene usted razón... Yo no me propongo nada más que ocuparme en una cosa ú otra; pero ya sé, añadió Marcos con desdenosa tranquilidad, que se buscan motivos ocultos detrás de todos mis actos, y que se me somete á un juicio que es inútil calificar.

— ¡Oh! Ya sé que usted es independiente, Marcos, y le felicito por ello, repuso la joven con calor.

— He ahí una buena palabra que me hace formar la más alta opinión sobre su juicio, contestó Marcos con un tono entre irónico y grave; pero seguramente se modificará antes de que transcurran tres meses.

— No es usted muy amable, replicó Susana con despecho. ¿No podré yo ser también independiente?

— Para decir esto, es preciso que espere usted á conocer el mundo.

— ¿Y espera usted conocerme antes de juzgarme?

¡Conocerla! Si la joven hubiera podido leer en su pensamiento, se habría visto reflejada en él, como en un espejo, que la hacía tan seductora por sus defectos como por sus cualidades. Marcos apartó los ojos, comprendiendo que no podía dominar su expresión, y después de una breve pausa contestó con tono afectuoso:

— Estamos discutiendo ya como antiguos amigos que tienen derecho para ello. Usted se casa, Susana, y me parece que era ayer cuando jugábamos aún, y usted venía á trastornar el salón de mi madre.

— No es eso lo que le autoriza á usted para conocerme, contestó Susana con una sonrisa, pues yo he cambiado..., ya comprenderá usted. Pero observo que nada me dice del Sr. de Varedde. ¿Por qué es eso, Marcos?

— Aseguro á usted que ha sido sin la menor intención, contestó el Sr. de Preymont sonriendo. No soy muy aficionado á los cumplidos, Susana, y todo cuanto puedo decirle es que si no creyese buena su elección, hace ya largo tiempo que mi amistad habría intervenido para retraerla de ese matrimonio.

— ¡Ah! Esas palabras me complacen muchísimo, contestó Susana, cuyas mejillas se colorearon por efecto de la satisfacción. Me importa mucho su aprecio, pues debo decir francamente, querido Marcos, añadió Susana con vehemencia, que usted me inspira tanta confianza como amistad.

— Confianza y amistad... ¡Sí, esa es nuestra divisa, repuso el Sr. de Preymont con un tono que impresionó desagradablemente á la joven; yo he nacido confidente, como otros nacen... poetas ó albañiles. Y ahora, adiós; ya no volverá usted á verme hasta pasado mañana, en la alcaldía y á la hora de firmar el contrato.

Así diciendo, dirigióse rápidamente hacia el parque del Sr. Jeuffroy, que se comunicaba por una verja con el jardín de Constanza, y añadió, al ver que la joven le seguía:

— No habrá usted permanecido largo tiempo á la sombra de esas viejas construcciones, querida Susana.

— Es verdad..., pero no ande usted tan de prisa, Marcos. ¿Le urge alguna cosa?

— Bien se lo predije á usted, continuó el Sr. de Preymont sin contestar á la pregunta. Cuando el año pasado me habló de los pretendientes á quienes rechazaba, yo le dije: ¡Muy bien, pero llegará un día, tal vez muy próximo, en el que Psyquis no encenderá su lámpara y se embarcará alegre para lanzarse en el mundo. Usted protestó, jurando que deseaba disfrutar de su vida de joven; pero ya ve que yo tenía razón.

— Excepto en un punto, replicó Susana sonriendo, pues yo no soy Psyquis: mi lámpara está encendida, y lo que alumbra me agrada.

Una imperceptible sonrisa entreabrió los labios del Sr. de Preymont.

— ¡Tanto mejor!, dijo, pues si tiene usted algún amigo que desee su felicidad, seguramente soy yo.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal acento de sinceridad, que Susana, en su emoción, no supo qué contestar.

— ¡Ah!, exclamó Marcos de pronto, ya viene la tía... Decididamente me escapo. Expóngale usted mis excusas, pues ya no tengo tiempo de hablar.

Constanza corría, en efecto, hacia los dos jóvenes, llevando en la mano un plato con pastelillos; mientras que Frasquita, apoyada un pie en su azada y la barba en las manos, contemplábalos desde lejos con la atención de una sibila rústica que trata de penetrar los más profundos misterios de la vida.

Preymont tomó la mano de Susana, retóvola un momento entre las suyas, y dijo con voz conmovida:

— Hasta más ver, Susanita... Permítame usted darle todavía hoy este nombre familiar; no es la primera vez, pero sin duda será la última.

— ¡Ah! ¿Por qué?, murmuró la joven con los ojos húmedos.

— ¡Oh! Porque la niña se hace mujer, contestó Marcos sonriéndose.

Y alejóse después de dirigir una detenida mirada á su alrededor, cual si quisiera llevarse consigo el último recuerdo de una imagen amada que iba á desvanecerse.

Al cruzar por los jardines del castillo, pensó que los antiguos setos, lozanos bajo las nuevas hojas marchitas, parecían regocijarse de tener á la vista una vez más la juventud y el amor como en otro tiempo, cuando á su sombra iban dos personajes empolvados á darse un beso ocultamente ó á murmurar palabras de amor.

## II

«¡Confidente y amigo!...» repetía avanzando rápidamente, mientras contemplaba las sombras de la tarde que iban extendiéndose como paños fúnebres en su camino y en su mente.

Durante un momento, detúvose á orillas del Vienne, y escuchó maquinalmente el canto alegre de una avecilla que remontó el vuelo cerca de él para volver á su nido; y la idea de que un hombre, en felices disposiciones morales, hubiese asociado aquel hecho insignificante á la satisfacción íntima, le hizo sonreír con desdén.

«¡Oh locura de la imaginación!, pensó, continuando su marcha. ¿Quién me libraré de ella? Mensajera falaz, que jamás me habló más que para engañarme... ¿Habré vuelto á escucharla de nuevo?»

Marcos se encogió de hombros al hacer un movimiento de compasión, debido á su propia debilidad, y quiso cambiar el rumbo de sus ideas sumiéndose en otras preocupaciones; pero entre ellas y su voluntad interponíase un lindo rostro de expresión altiva, y entonces el sueño acariciado pesaba sobre su corazón de una manera insoportable.

El Sr. de Preymont contaba treinta y seis años. En su infancia, la caída de un coche le obligó á guardar cama durante largos meses, y á pesar de la solicitud de los mejores cirujanos, á pesar de los aparatos más perfeccionados, no se pudo evitar una desviación en la columna. Era hijo único, y hasta entonces sus padres habíanse enorgullecido de su belleza tanto como de su inteligencia precoz. Su padre, arrebatado al mundo bruscamente por una fiebre maligna, no tuvo el pesar de ver los padecimientos morales del niño, cuya naturaleza se modificó rápidamente al primer contacto de una existencia anormal. En vez de ser vivaz, expansivo y osado, como antes, comenzó á tener un carácter taciturno, vacilante y reservado; y en la edad en que no se conocen ni la vida ni las penas, en ese tiempo radiante de locas esperanzas y de ingenuas creencias, perdió en sí y en el porvenir esa confianza que es la esencia misma de la juventud.

Felizmente para él, estaba dotado de gran disposición respecto al trabajo, y sostenido por su madre absorbióse en sus estudios, y se adormeció en los sueños juveniles de un espíritu que deseaba apasionadamente la vida de acción.

El despertar fué terrible. Cuando después de brillantes estudios se vió rechazado de las carreras hacia las cuales le atraían sus aficiones, pasó por una crisis moral espantosa. Con el absolutismo de la in-experiencia, ante la irrealización de sus primeros ardientes deseos, parecióle que no veía ninguna salida para su viva inteligencia, y con la exageración de la juventud que sufre cuclmente, sintió aversión á los hombres y á la vida, y su espíritu atormentado tuvo entonces toda la aspereza del que se ha rebelado contra el destino.

Peró junto á él, un corazón seguía con la angustia del amor materno, llevado hasta la pasión, las meno-

res fases de un pesar que, concentrado en sí mismo, no dejaba por eso de ser menos peligroso.

La señora de Preymont, buscando un medio de ocupar activamente la inteligencia que se devoraba á su lado, compró á corta distancia de su propiedad una fábrica de hilados, que con una buena dirección podría prosperar mucho; y así comprometió la mayor parte de su capital; pero haciendo depender del éxito de la empresa el reposo y el bienestar de su vejez, daba á los esfuerzos de su hijo un objeto determinado. Esto era conocerle bien, y su generosa imprudencia provenía de una rara sagacidad.

Preymont tenía entonces veintidós años, y sumido en el más triste desaliento avanzaba á grandes pasos hacia la desesperación que conduce á las resoluciones extremadas. Ya tocaba en el abismo cuando la abnegación y la iniciativa de su madre le salvaron.

Su energía y su inteligencia no necesitaban más que alguna causa para manifestarse, y se lanzó con ardimiento en una empresa que exigía el trabajo más perseverante. Sin embargo, antes de alcanzar el éxito, muchos años transcurrieron en medio de alternativas, de resultados felices y de fracasos; pero en aquella existencia de lucha, que por más de un concepto convenía á su carácter, tanto por la actividad que era preciso desplegar como por la acción directa que podía tener sobre los otros, no conoció ya el sufrimiento intolerable que resulta cuando las más viváceas facultades se han de concentrar en sí mismas y buscan un centro de actividad sin encontrarlo.

A pesar de la antipatía que infunden los seres deformes, el Sr. de Preymont se había impuesto en el país por la superioridad incontestable de su inteligencia; y si es verdad que esto le granjeaba enemigos, nadie osaba por eso atacar su autoridad; pero si no se discutían sus facultades intelectuales, buscábase una compensación haciendo malévolas suposiciones sobre su carácter, muy diversamente juzgado. Así, por ejemplo, repetíase que la inteligencia había sofocado los sentimientos del corazón, el cual tenía ya seco y sin calor; y que su generosidad, muy liberal y espléndida, se metamorfoseaba en intrigas electorales para llegar á ser diputado. En este punto, jamás dejó entrever sus intenciones; pero son tantos los que no admiten el bien desinteresado, que á pesar de todas las apariencias contrarias, convínose en que el Sr. de Preymont era un ambicioso. Cierta grupo de personas á quienes infundía temores por la independencia de sus ideas, acusábale de socialista, y se inquietaba por la actitud que tomaría al ingresar en el Parlamento. Chocaba de frente con la medianía general, y por eso ésta vigilaba todos sus movimientos á fin de hacer deducciones desfavorables. Algunos, más perspicaces tal vez, formaban no obstante la más alta opinión del carácter de un hombre que, en la vida íntima, se mostraba reservado á los ojos de los indiferentes.

En todo caso, lo cierto es que el pensamiento del señor de Preymont abarcaba mucho, y que era uno de esos raros hombres á quienes sus tendencias naturales y su saber inducen á querer las grandes cosas, á generalizar las ideas de tal modo que su juicio, por lo mismo que abandona los senderos trillados, es poco ó nada comprendido. Había adquirido por sus lecturas y sus viajes una tolerancia que muchas personas consideran una falta de principios, cuando no es en realidad sino la señal de una inteligencia desarrollada por la comparación y el estudio de la vida.

Al entrar en su casa subió á su habitación, y sentándose resueltamente ante una mesa llena de papeles, díjose que iba á olvidarse de sí mismo en el trabajo; pero éste le rehusó su auxilio habitual, y le abandonó al fin para terminar una carta que había comenzado por la tarde.

«... Por lo demás, amigo mío, nada ha cambiado desde la última vez que estuve en nuestro país, aunque haya transcurrido ya mucho tiempo. Siete años hace que no has venido, y quince meses que no te estrecho la mano. Tal vez descubrirás en mí algunos cabellos grises ó algunas arrugas nuevas; pero estas señales de la decadencia apenas se notan en un hombre que jamás tuvo el derecho de ser joven. La habitación marcada con tu nombre te espera, y confiando en lo prometido, supongo que la ocuparás varios meses, como en otro tiempo. Tus aficiones quedarán satisfechas, porque este año, á pesar de nuestro prolongado invierno, la vegetación de los cerros es tan loca como la más loca de tus ideas. Hasta el río y el Vienne se reirán de tu incomprendible amor á la vida; y sin embargo, desde tu torreón oírás, como yo, la campana de una antigua iglesia que en el momento de escribirte estas líneas replica alegremente porque un hombre ha nacido para sufrir. Mañana sonará para anunciarnos que ha recorrido ya la senda de la vida y que ha marchado hacia ignotas regiones. A esto es á lo que se llama la alegría de vivir, pero

en realidad me parece una amarga ironía. Es una fortuna que, después de esto, fundemos sobre palabras y frases nuestra manera de ver; pero como tú crees en las realidades felices, tus pensamientos seguirán un curso distinto que el de los míos, aunque á veces también yo he llegado á soñar y creer como un mortal ordinario. Es que la primera naturaleza vuelve á la superficie; y el soñador á quien las circunstancias metamorfosearon en industrial enamorado de su profesión, sigue en los ratos perdidos la fantasía de su pensamiento y de sus impresiones. Escucha las voces que cantan á su alrededor, admírase de su elocuencia y hasta llega á olvidar, pobre insensato, que no cantan para sus sueños, y que el pobre cubierto de harapos que pasa por el camino tiene más derecho que él para escuchar su armonía. ¡Qué miseria es tener un corazón indisciplinado! Y qué...»

El Sr. de Preymont se interrumpió bruscamente, y arrojando la pluma con impaciencia, rasgó la carta en pedacitos, los cuales tiró por la ventana, inclinándose un poco para verlos dar vueltas á la luz del crepúsculo y caer al fin en el suelo.

— Verdaderamente, díjose sonriendo con ironía, es una locura escribir tales cosas á ese feliz mortal, á ese alegre vidivador que se llama Didier Saverne... y más locura es aún no desechar mis ilusiones y dominar mis sentimientos.

Por su rostro enérgico pasó como una sombra de irritación, que muy pronto modificóse en una expresión de amarga melancolía; y durante largo tiempo Marcos permaneció junto á la ventana abierta, con la mirada vaga y el pensamiento distraído.

Un ligero contacto le hizo volver á la realidad; su madre acababa de entrar sin ruido, y mirábale con expresión inquieta.

La señora de Preymont, mujer de escasa estatura, vestía un traje correspondiente á su edad; mas por lo elegante, á la vez que severo, realizaba graciosamente ese aspecto de distinción que los años no pueden borrar. Tenía facciones finas; ojos azules, pequeños, pero muy expresivos, de mirada inteligente y serena; el cabello, espeso aún, que los polvos contribuían á blanquear, estaba levantado á raíz recta sobre una frente algo deprimida, y esto comunicaba á la señora de Preymont mayor semejanza con un retrato del siglo XVIII.

— ¿En qué piensas, Marcos?, díjole sonriendo. He tenido que tocarte para hacerte volver á la tierra.

— Pues de ella me ocupaba, querida madre, contestó Marcos alegremente. Pensaba por lo pronto en Saverne, y además he recibido el dibujo de una nueva máquina que me preocupa. Me parece ingeniosa, y es posible que me decida á probarla.

Marcos hablaba con tono natural; pero sabía muy bien que su madre no se dejaba engañar por esta aparente tranquilidad. Entre los dos existía un afecto basado en una confianza sin límites y una admiración mutua, afecto profundo, aunque poco demostrativo; pero estaban identificados uno con otro, por más que hubiese en muchos puntos una divergencia casi completa en su manera de pensar y de sentir.

Dotada de una fe muy viva, la señora de Preymont había tratado de comunicarla á su hijo; pero éste la perdió muy pronto en las desviaciones de un cerebro vigoroso é independiente, y sobre todo en la secreta misantropía y en el pesimismo de sus pensamientos. Sin embargo, admiraba y amaba la virtud serena de la madre, y sabía muy bien que había adquirido ó desarrollado todas las cualidades bajo la influencia misteriosa de sus creencias. Tal vez debía á este ejemplo el haberse conservado espiritualista, á falta de una religión positiva, y tener una noción, no solamente exacta, sino delicada, del bien y del mal.

La señora de Preymont le escuchó con aire incrédulo, y díjole:

— Al fin has tenido hoy, Marcos, valor para ir á ver á Susana.

Este ataque imprevisto desagradó á Preymont, é hizo fruncir el ceño.

— Si sufres, añadió la madre con viveza, confíesamelo, que yo estoy aquí para tenderte una mano amiga.

La señora de Preymont había hablado con el apresuramiento de la persona que toma una resolución decisiva y le parece muy difícil ponerla por obra. En efecto, Marcos no era fácil de abordar, ni aun para ella, en el terreno de los sentimientos íntimos. Preymont retrocedió hasta la ventana, y cruzándose de brazos apoyóse contra uno de los postigos.

— Nada tengo que confesar, dijo tranquilamente. Sí..., he ido á ver á Susana; y por cierto que parece muy feliz. ¿Cómo podría ser de otro modo? Sin embargo, no dejo de estar inquieto.

— ¿Por qué?, preguntó la señora de Preymont. ¿Crees tú que su padre no haya reflexionado lo suficiente sobre su determinación? Si el Sr. de Varedde

no hubiese sido simpático á Susana, ésta no le habría aceptado.

— No le haré la injuria de creer lo contrario, repuso Marcos con viveza. Varedde tiene una regular posición y nada encuentro desagradable en él; pero ella seguramente vale mucho más. Ciertamente Susana no lo echa de ver, y por otra parte, no tiene puntos de comparación para formar juicio respecto á su novio.

— No participo de tus inquietudes, ó mejor dicho de tus presunciones, contestó la señora de Preymont. Susana se casa con un honrado joven que la ama, y aunque este matrimonio no sea lo que yo hubiese deseado para ella, hay muchas probabilidades de felicidad en la balanza.

— ¡Seguramente! A no ser por esto, usted y yo habríamos intervenido; pero, añadió Marcos con marcado acento de irritación, preciso es confesar, por lo menos, que Varedde no la sacó completamente de un centro para el cual no ha nacido sin duda, sobre todo después de recibir una educación que ha desarrollado su distinción natural. Yo no conozco personalmente á Varedde; pero ciertas palabras me inducen á temer que sea un hombre bastante vulgar, que considera ese matrimonio como un buen negocio. Sin embargo, si ama verdaderamente á mi prima, como no puede menos de suceder, en mi opinión, pasará mucho tiempo antes de que ella sea capaz de juzgar con exactitud, y entonces habrá niños para compensar los errores. Por lo demás, ¿quién sabe? Susana no será lo que podría llegar á ser con distintas condiciones, y la creo demasiado joven aún para resistir á la influencia de lo que la rodea. Ignoro si Varedde la conoce bien; pero á decir verdad, es adorable por la exageración de sus cualidades, su carácter resuelto y el entusiasmo que manifiesta en sus jóvenes apreciaciones.

Preymont hablaba consigo mismo, y había olvidado la presencia de su madre, que le escuchaba con el corazón oprimido. Cuando se trataba de su hijo perdía la rectitud de juicio que la distinguía siempre; y enorgullecida por la inteligencia de Marcos y su carácter enérgico, sin ver en él más que el hombre superior, soñaba siempre que bebía en el manantial donde se inclinan con avidez todos los que pasan por la vida.

— ¡Ah!, Marcos, dijo, si tú hubieras dejado entrever...

— ¿Entrever qué?, pobre madre mía, interrumpió Marcos con viveza. Yo no podía ser para Susana más que un amigo, el antiguo compañero que la hacía saltar sobre sus rodillas, cuando solamente contaba cinco años. Créalo usted, continuó con una amargura que no podía reprimir, crea usted que no soy un hombre á sus ojos, sino un individuo diferente de los demás. Ni una sola de sus palabras confiadas, de sus ingenuas familiaridades, ni de sus confidencias deja de probármelo así.

— Una palabra hubiera podido cambiarlo todo, Marcos.

— ¡Cambiarlo todo!.. No diga usted eso. Nuestra amistad se hubiera desvanecido para siempre, y yo no sería en su recuerdo más que un grotesco personaje.

— ¡Grotesco!.. ¡Un hombre de tu valor!

Marcos se echó á reír.

— Las madres son incorregibles, dijo acercando á sus labios la mano de la señora de Preymont; se empeñan en soñar, cuando el sueño debería sepultarse en las épocas pasadas. Recuerde usted las antiguas decepciones, y crea que yo he sepultado también, completamente, la juventud y sus deseos.

Marcos los había sepultado, en efecto, en el fondo de su corazón, para no pensar más en ellos; pero escapábase de allí, y renacían tan vigorosos que necesitaba una voluntad de hierro para obligarlos á volver á su prisión.

— Para terminar con este asunto de una vez, añadió, si yo me hubiese hallado en circunstancias normales, no diré que los sueños de usted no hubieran podido convenir con mis sentimientos; mas ahora no debemos hablar ya de eso nunca. La suerte de Susana está fijada para lo sucesivo, y la mía se fijó hace ya largo tiempo; es la de un solitario, pero de un solitario que tiene muchas compensaciones en las pruebas de su vida.

Y añadió con una sonrisa que comunicaba cierta seducción á su rostro, de ordinario demasiado grave.

— ¿Soy yo tan digno de compasión viviendo al lado de usted? Muchos hombres no han apetecido otra cosa ni mejor suerte. A usted es á quien debo que se haya orientado mi inteligencia, á usted debo mi situación, y me alegro deberle también las alegrías del hogar. He aquí cómo me lo ha proporcionado todo.

— Sí..., contestó maquinalmente la señora de Preymont, todo..., excepto la gota de felicidad que cada cual pide á la vida.

Preymont se mordió los labios sin contestar. Desagradábale que se abriese la puerta de su celdilla íntima, en la que él mismo no entraba sin temblar, porque salía siempre atormentado. Su madre lo sabía, y arrepintiéndose de las palabras que había pronunciado involuntariamente.

Preymont miraba sin fijarse en ningún objeto, y oprimiendo los labios esforzábale para contener la tempestad que estaba á punto de estallar. Hacía ya algunos meses que luchando en vano no podía encontrar la pendiente hasta cuyo pie había descendido; pero desde mucho tiempo antes, su vida moral reposaba sobre un orgullo altivo y filosófico, y esperaba que este compañero, fiel guardián de su energía, le sostuviera en la crisis que atravesaba.

Los perros del guarda, ladrando en aquel instante, distrajeron á Marcos de sus reflexiones, y al mismo tiempo una voz varonil y muy simpática gritó alegremente:

— ¿Por qué abre usted tanto los ojos, vieja Marión? ¿Parezco yo acaso un fantasma? Bien mirado, podré tener la cara lívida del que se muere de hambre, porque hace ocho horas que no he comido, por culpa de este animal de cochero, que ha estado á punto de hacernos volcar tres veces en el foso con su maldito caballo.

— ¡Es Saverne!, exclamó Marcos dirigiéndose vivamente hacia la puerta.

Cuando salió al patio de la casa, plantado de árboles, el recién llegado sujetaba á su cochero por la nuca y sacudíale con un vigor que no disminuyó por la llegada de Preymont.

— Ahora te daré los buenos días, Marcos, gritó el visitante, porque antes debo despachar á este tuno, que me reclama veinte pesetas después de haberle ajustado por quince. Y si llego ileso á tu casa, no se lo debo á él seguramente. A decir verdad, continuó redoblando su vigor, preferiría arrojarme en un pozo con mi bolsa antes que dársela... ¡Vamos, ya basta; ahora tendremos más juicio!

Así diciendo, retrocedió algunos pasos para contemplar su obra en la persona del cochero, que rojo de cólera y furioso, luchaba entre el deseo de precipitarse sobre Saverne y el de emprender la fuga. Las formas atléticas del joven, de cuyo carácter impetuoso acababa de recibir una dura prueba, indujeronle á marcharse; embolsó el dinero que Saverne le había dado, no sin proferir algunas imprecaciones, y huyó á toda prisa.

— Muy bien, dijo Saverne con tono satisfecho, la victoria es mía.

— También lo hubiera sido sin tanto esfuerzo, contestó Marcos sonriéndose.

— ¡Bah! Me hubiera hecho perder mucho tiempo, y á mí me agradan los medios expeditivos. Ese animal parecía inclinado á discutir.

Y dicho esto, Saverne se acercó á la señora de Preymont, que había presenciado el desenlace de aquella escena con la sonrisa en los labios.

— Me parece que llego como un intruso, dijo el joven; y no me lo explico, porque he escrito anunciando mi visita.

— Pues la carta no ha llegado, contestó la señora de Preymont; pero ya sabe usted, querido hijo, que su habitación está siempre dispuesta.

— ¡Esos imbéciles empleados de correos no hacen más que cometer torpezas!, exclamó Saverne con aire de indignación. Esta misma noche voy á borrarlos contra ellos un artículo que les hará rabiarse un poco; respondo de ello.

— ¿Está usted bien seguro de que no tiene la carta en el bolsillo?, preguntó con cierta ironía la señora de Preymont.

— ¡Vaya una ocurrencia!.. Yo mismo la llevé al correo.

Y Saverne se registraba los bolsillos con la viveza de un acusado que tiene empeño en probar cuanto antes su inocencia.

— ¡Diantre, aquí está!, exclamó de pronto, presentando la carta con la mayor sencillez. Llega con mi persona. He aquí una buena oportunidad, Marcos, para repetir que soy un atolondrado.

— Atolondrado ó no, se muy bien venido, contestó el Sr. de Preymont con tono afectuoso.

La amistad que reinaba entre ellos remontábase al colegio.

Cuando el tierno niño, deforme y tímido, se vió entregado sin defensa á la persecución tradicional de sus compañeros, Saverne, aunque mucho más joven que él, tomóle bajo su protección; y mientras que sus robustos puños restablecían la paz, su buen corazón tenía siempre palabras bondadosas para consolarle. Preymont no debía olvidar nunca aquella intervención bienhechora, así como tampoco la profunda amargura de los días pasados.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

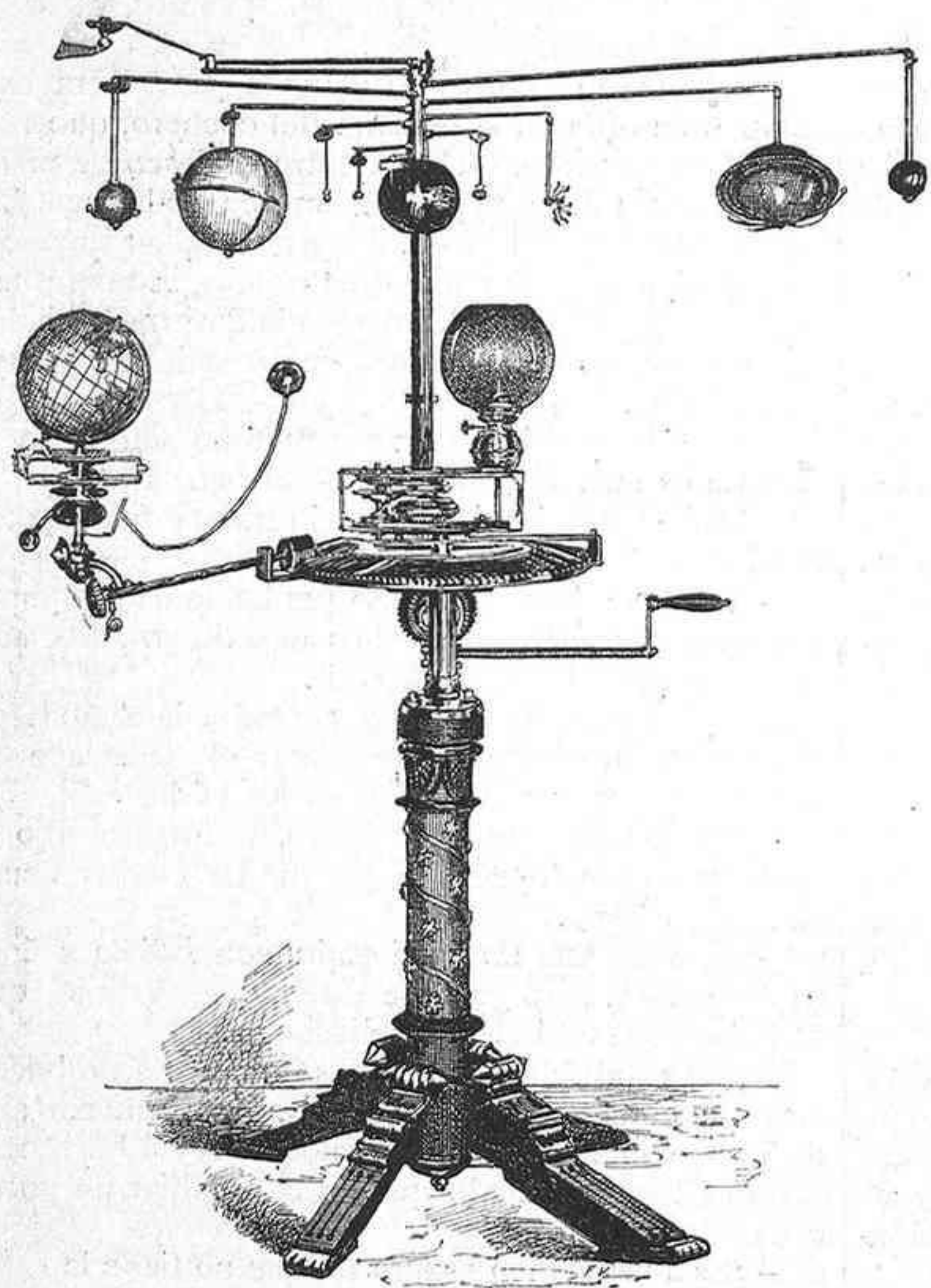
APARATO ASTRONÓMICO

INVENTADO POR D. ENRIQUE SANTAOLARIA

El aparato que nuestro grabado reproduce y que ha sido inventado por D. Enrique Santaolaria, profesor de primera enseñanza de Martorell (Barcelona), es de gran tamaño, mide 1'80 metros de altura y necesita un espacio de dos metros de diámetro para funcionar. Está construído en bronce y hierro y compuesto de 46 esferas de metal, que representan los planetas y satélites, y 47 ruedas dentadas, que los ponen en movimiento á impulso de un manubrio colocado en sitio conveniente. Es de muy fácil montaje y de extremada solidez.

Está dividido en dos secciones, inferior y superior, que pueden funcionar juntas ó separadas. La inferior la componen el Sol, la Tierra (de 19 centímetros de diámetro) y la Luna, y puede estudiarse en ella:

- 1.º El movimiento de rotación del Sol en 25'50 días, representado por un gran mechero de petróleo, y un globo de cristal dorado transparente.
- 2.º El movimiento de traslación y rotación de la Tierra en el tiempo que á cada uno corresponde.
- 3.º La duración y diferencia de los días en todos los países del mundo.
- 4.º Las estaciones del año, signos del Zodíaco, meses y días que la Tierra recorre en cada una de ellas.
- 5.º Cuando la Tierra se halla más lejos ó más cerca del Sol, ó sea en su afelio y perihelio.
- 6.º La inclinación del eje terrestre sobre la eclíptica, conservando siempre su paralelismo en el movimiento de traslación, y efectos que esto produce.
- 7.º Los equinoccios y solsticios, ó sea la igualdad



Aparato astronómico inventado por D. Enrique Santaolaria

de los días y noches y los más cortos y largos del año.

- 8.º Por qué en los polos no hay más que un día de seis meses de duración y una noche de otros seis.
- 9.º La precisión de los equinoccios.
10. Por qué en el ecuador hay dos veranos y dos inviernos cada año.
11. La Luna, su volumen relativo al de la Tierra, excentricidad de su órbita y cuándo se halla en su apogeo y perigeo.
12. Fases de la Luna, efecto de su movimiento de traslación.
13. Por qué la Luna nos presenta siempre la misma cara ó hemisferio.
14. Eclipses de todas clases, así de Sol como de Luna, efecto de la inclinación de la órbita de ésta, y por qué en todas las lunas nuevas y llenas no hay eclipse.
15. Ciclo lunar, efecto de la diferencia del año lunar de 354 días, del terrestre de 365 días y 6 horas.
16. Movimiento de la órbita lunar en 9'50 años,

lo que produce la variación en el número y clases de eclipses que hay cada año.

17. Meridianos, paralelos, zonas, climas y diferencia de horas en todos los países.

En la sección segunda ó superior está representado el sistema solar ó planetario, y consta de otro sol  $\frac{1}{12}$  del tamaño relativo, Mercurio, Venus, la Tierra con su luna que guarda relación en volumen con los demás planetas, Marte con sus dos satélites, 14 Asteroides de los principales, Júpiter con sus 4 lunas, Saturno con sus anillos y 8 lunas, Urano con 4 lunas, Neptuno con una y un cometa de órbita muy excéntrica.

Los planetas guardan una exacta proporción en sus volúmenes relativos, dan la vuelta al Sol en el tiempo exacto debido, tienen dibujados sus ecuadores con los grados de inclinación que les corresponden, y van pintados con los colores que presentan vistos desde la Tierra.

La Tierra de la primera sección puede ponerse perpendicular, oblicua y paralela á la eclíptica á fin de explicar la variación de los fenómenos que presentan los planetas según los grados de inclinación de sus ejes.

El aparato del Sr. Santaolaria ha obtenido privilegio de invención en España y Francia, medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona y Diploma de mérito extraordinario en la Exposición española en Londres. La Real Academia de Ciencias de Barcelona, la Sociedad barcelonesa de Amigos de la Instrucción y el Rdo. padre D. Federico

Faura, director del Observatorio Astronómico de Manila, en los dictámenes que han emitido han declarado ser el más completo, extenso y exacto de cuantos se conocen, así en España como en el extranjero, y el único que demuestra con toda precisión y facilidad los fenómenos producidos por los movimientos de rotación y traslación de todos los planetas de nuestro sistema solar.

Ha sido adoptado para las escuelas públicas de Barcelona, y elogiado y declarado de utilidad suma, para el estudio de tan difícil ciencia, por la prensa profesional y política, no solamente de Barcelona, sino de otras provincias y del extranjero, así como por cuantas personas lo han visto funcionar en las varias conferencias públicas que ha dado su inventor en el Fomento de la Producción Española, en la Sociedad barcelonesa de Amigos de la Instrucción, en la Real Academia de Ciencias, en el salón de Congresos del Palacio de Ciencias de Barcelona, en el Instituto de Tarragona, en la Asociación general de Estudiantes, ante las primeras autoridades, académicos, catedráticos, profesores y personas de reconocida competencia.

El autor, subvencionado por el Sr. Moret, ministro de Fomento, y por la Diputación provincial de Barcelona, mandó construir un lujoso ejemplar dedicado á S. M. el rey don Alfonso XIII.

Este ejemplar fué llevado por el inventor á Madrid é instalado en la antesala del despacho del señor ministro de Fomento. Allí fué visitado por el señor ministro, por los señores consejeros de Instrucción pública, directores generales, prensa y numeroso público, quienes tributaron al Sr. Santaolaria muchos elogios. Ocho días después fué instalado en uno de los mejores salones de Palacio, donde el señor Santaolaria fué presentado por el Sr. Moret á S. M. la reina, quien oyó complacientemente la descripción que del mismo le hizo su autor, aceptando con sumo gusto el ofrecimiento y tributando al Sr. Santaolaria toda clase de elogios, que repitieron las infantas doña Isabel, doña Mercedes y doña M. Teresa.

S. M. la reina se dignó recompensar al Sr. Santaolaria nombrándole caballero de la Real orden de Isabel la Católica, libre de gastos, concediéndole una indemnización en metálico y proponiéndole al consejo de Instrucción pública para una recompensa.

Por la descripción que á muy grandes rasgos queda hecha, se comprenderá que este aparato es de suma utilidad, y en cierto modo necesario en todos los establecimientos de instrucción, por la gran facilidad con que en él se aprenden todas esas maravillas celestes que tan difíciles se presentan á nuestra imaginación, y que el invento del ilustrado profesor señor Santaolaria hace no sólo visibles sino palpables. - X.

COCHE ELÉCTRICO

Desde que el acumulador eléctrico salió del laboratorio para entrar en la práctica industrial son varios los coches eléctricos que se han construído, pero la

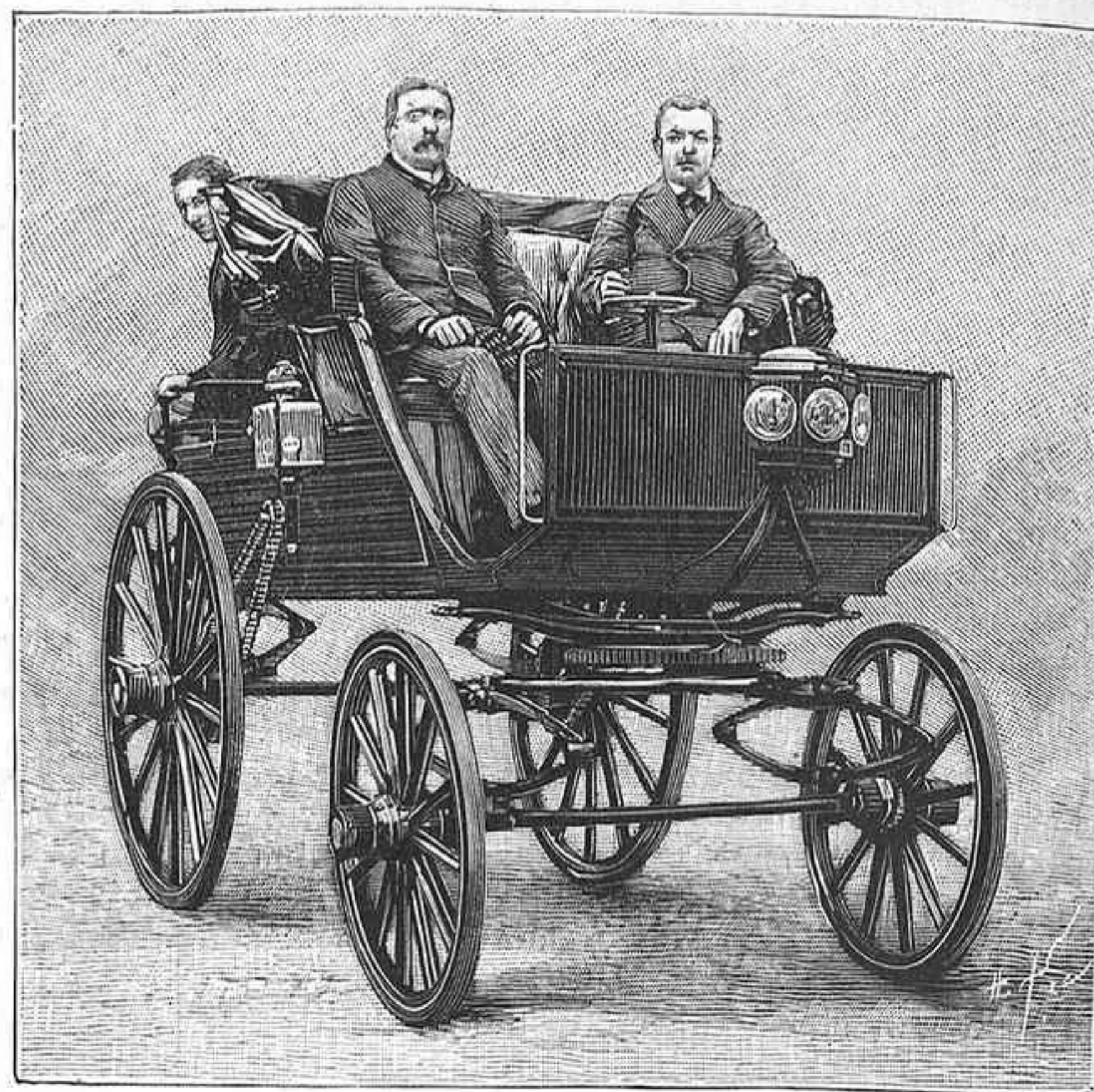


Fig. 1. Coche eléctrico de M. Pablo Pouchain

imperfección de los primeros tipos de acumuladores fué causa principal, si no única, del poco éxito de los primeros experimentos, que datan de 1881: el perfeccionamiento que aquéllos han alcanzado ha hecho que las posteriores tentativas fuesen más afortunadas.

El coche eléctrico que ha construído recientemente M. Pablo Pouchain, de Armentieres (Francia), marca una nueva etapa y parece aproximarse mucho á la resolución del problema: el vehículo que reproduce la fig. 1 es un faetón de seis asientos, montado sobre cuatro ruedas, y toda su parte superior es móvil para facilitar la inspección y entretenimiento de los acumuladores y del motor eléctrico.

La corriente eléctrica es producida por una batería de acumuladores Dujardin, compuesta de seis cajas de nueve elementos, cada una de ellas de 44 centímetros de longitud por 33 de anchura y 31 de altura (fig. 3). Cada elemento contiene una placa positiva y dos placas montadas en una caja de ebonita. Los nueve elementos están acoplados entre sí en tensión de una manera invariable y están reunidos en una caja de *pitch-pin* (*pinus rigida*) embreada, formando de esta suerte seis grupos completamente independientes que comunican con un conmutador acoplador por medio de doce hilos, dos por caja. Haciendo funcionar una palanca puede imprimirse al conmutador una rotación y hacerle tomar cinco posiciones distintas que establecen contactos entre las piezas de cobre y catorce mandíbulas elásticas, á las cuales van á parar los doce hilos procedentes de las seis baterías y los dos procedentes del motor. Las conexiones efectuadas por el conmutador en sus cinco posiciones son las siguientes:

*Posición de descanso.* - Todos los acumuladores fuera de circuito. Motor en circuito corto formando freno para parar el coche.

*Posición de 1.ª velocidad.* - Los seis grupos montados en observación sobre el motor (17 volts).

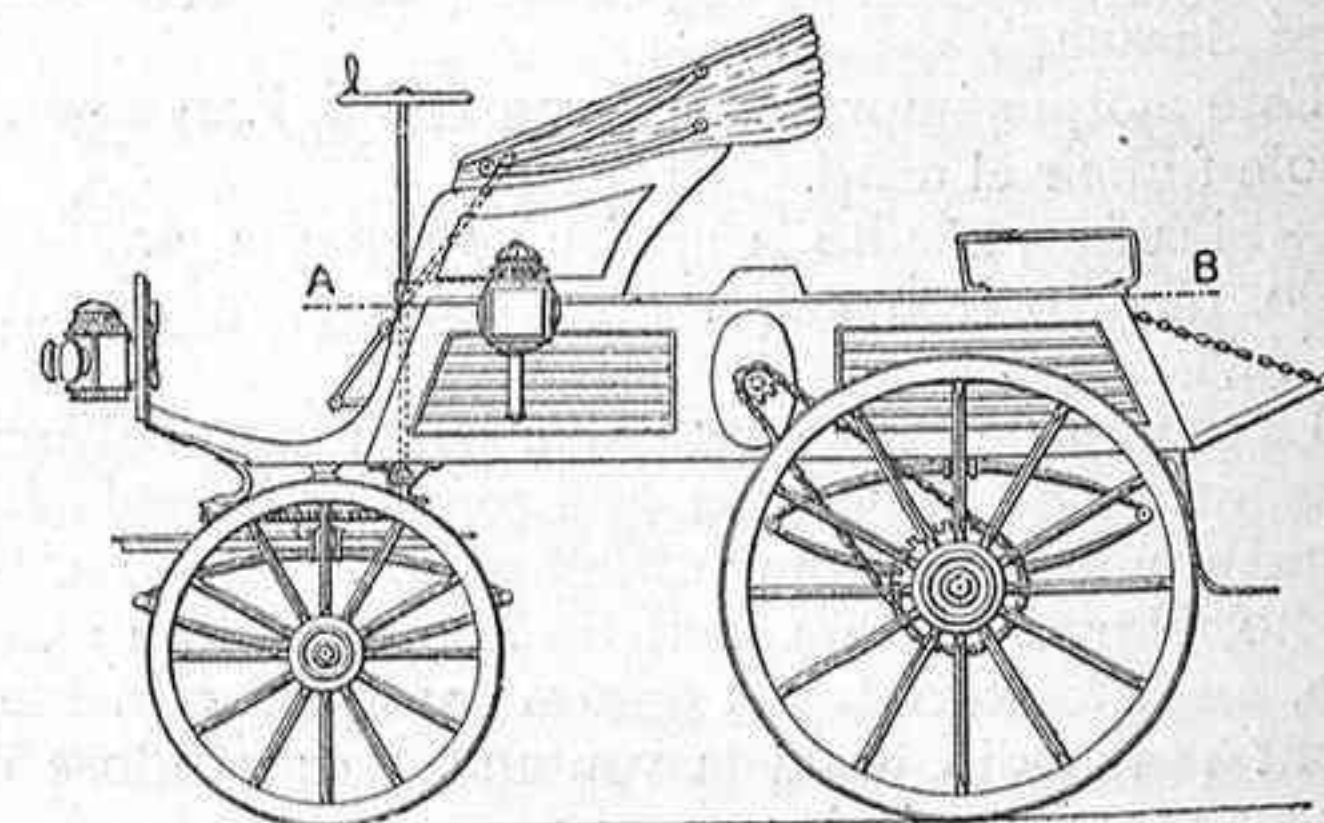


Fig. 2. Sección vertical del coche eléctrico

*Posición de 2.ª velocidad.* - Tres grupos de dos en tensión (34 volts).

*Posición de 3.ª velocidad.* - Dos grupos de tres en tensión (50 volts).

E. MORISSE Sc.

Posición de 4.<sup>a</sup> velocidad. — Los seis grupos en tensión (100 volts).

El motor es una dinamo serie sistema Rechiowski de una potencia normal de 200 watts, que en caso necesario puede producir el doble: está colocado en el centro del vehículo y acciona una transmisión de movimiento diferencial por medio de una cadena Vaucanson.

Encima de las ruedas traseras hay dispuestos cuatro grupos de acumuladores, el motor y el sistema diferencial que gobierna las ruedas; debajo de la banqueta delantera hay colocados los otros dos grupos, el conmutador-acoplador y una caja de útiles. En el alero están instalados los aparatos de medición, un cortacircuito, el interruptor de las lámparas encerradas en los tres faros y un inversor que permite hacer máquina atrás.

Una toma de corriente fijada debajo del coche permite poner la batería en carga por medio de hilos delgados unidos a un manantial eléctrico: la carga se efectúa acoplando convenientemente los seis grupos según la fuerza electromotriz de que se dispone.

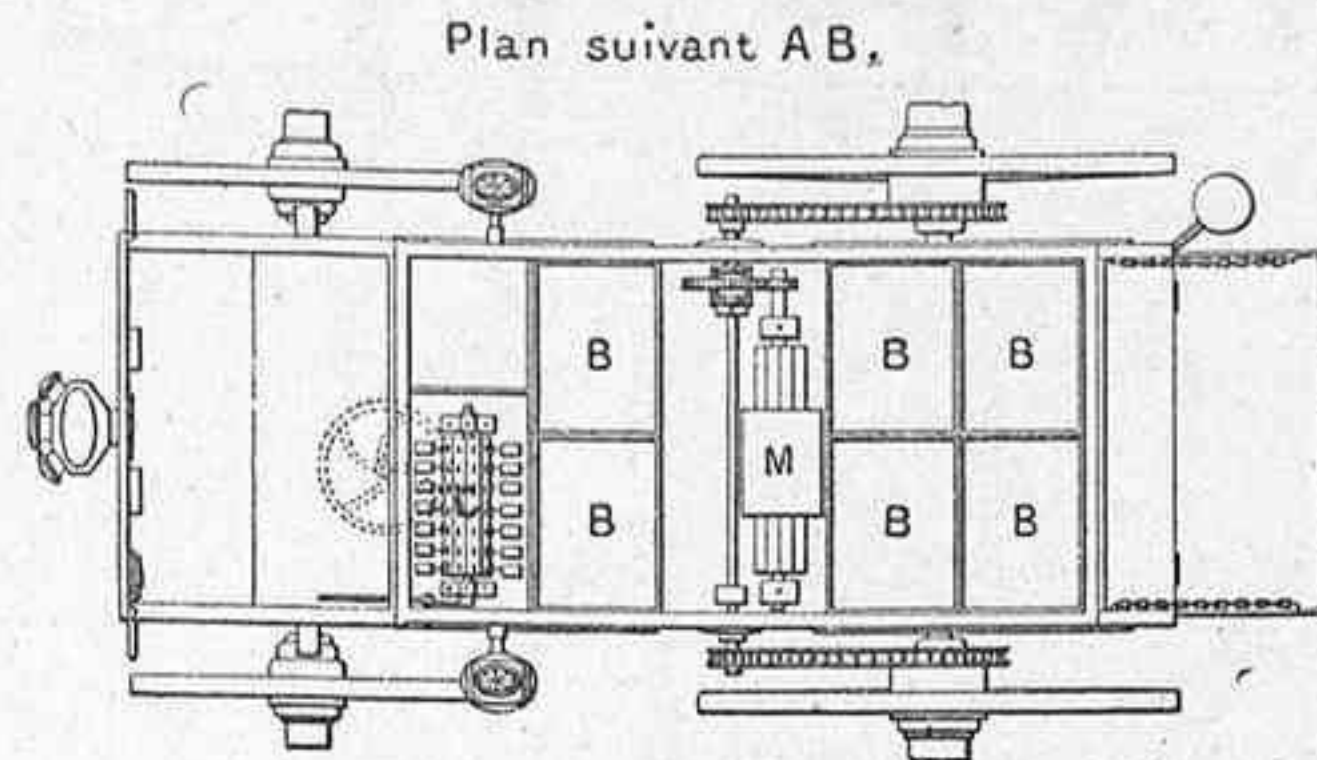


Fig. 3. Plano del coche eléctrico. BB Acumuladores M. Máquina. — C. Conmutador

El mecanismo de dirección obra sobre el cuerpo delantero del carruaje dispuesto como el de los coches ordinarios, pero completado por una biela de tornillo sin fin que recibe el movimiento de un volante de eje horizontal colocado al alcance de la mano del conductor por medio de un par de engranajes cónico. Gracias a esta disposición la dirección dada por el cuerpo delantero se conserva indefini-

damente mientras no se toca al volante, la cual facilita y asegura la maniobra.

El coche dispuesto para la marcha pesa 1.350 kilogramos y puede llevar seis viajeros. Una carga de la batería le permite recorrer en un piso regularmente conservado 70 kilómetros a una velocidad media de 16 por hora: la vuelta en redondo puede efectuarse en un ancho de calle de menos de cuatro metros.

En una superficie horizontal ó de suave pendiente la velocidad normal depende naturalmente del número de acumuladores montados en serie, correspondiendo la velocidad máxima (16 kilómetros por hora) al acoplamiento de los seis grupos en tensión. Los otros acoplamientos dan respectivamente velocidades de 8, 6 y 3 kilómetros por hora: en este último caso los seis grupos están en derivación y dan solamente 17 volts, posición que corresponde al momento de echar á andar, que se produce generalmente á 40 amperes (680 watts). En la subida de un puente cubierto de grava la corriente se eleva á unos 100 amperes sin perjudicar en nada á los acumuladores que, montados en derivación, pueden producir normalmente 120 amperes.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

# PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

**Enfermedades de la Vejiga**  
Arenilla, Mal de piedra, Incontinencia, Retención, Cólicos nefríticos, curados por las **PÍLDORAS Benzoicas ROCHER**.  
Fr. 5 francos. ROCHER, farmacéutico, 112, r. Turenne, París.  
Léase con atención el folleto ilustrado que se remite contra envío de 1 Peseta.  
En Barcelona: Vicente Ferrer



**DUGOUR** constructor, 81, Faub. St. Denis, París, vende al por menor á igual precio que al por mayor. Velocipedos de camino, 145 fr. Soverbios neumáticos, 295 fr. Catálogo gratis

**QUINA ANTI-ROCHER**  
DIABÉTICA  
FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr.—Deposito **ROCHER**, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.  
Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABETIS.  
En Barcelona: Vicente Ferrer

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

## VINO FERRUGINOSO AROUD

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloración y la Energía vital.

Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

**EXIJASE** el nombre y la firma **AROUND**

## JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

## Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

## GARGANTA VOZ y BOCA

### PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—Precio: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

## ENFERMEDADES DE ESTOMAGO

### PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Pildoras y Jarabe **BLANCARD**  
Con Ioduro de Hierro Inalterable.

## ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exigase la Firma y el Sello de Garantía.—Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

Solucion **BLANCARD**  
y **Comprimidos de Exalgina**

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**

Las Personas que conocen las **PÍLDORAS del D<sup>r</sup> DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

## PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

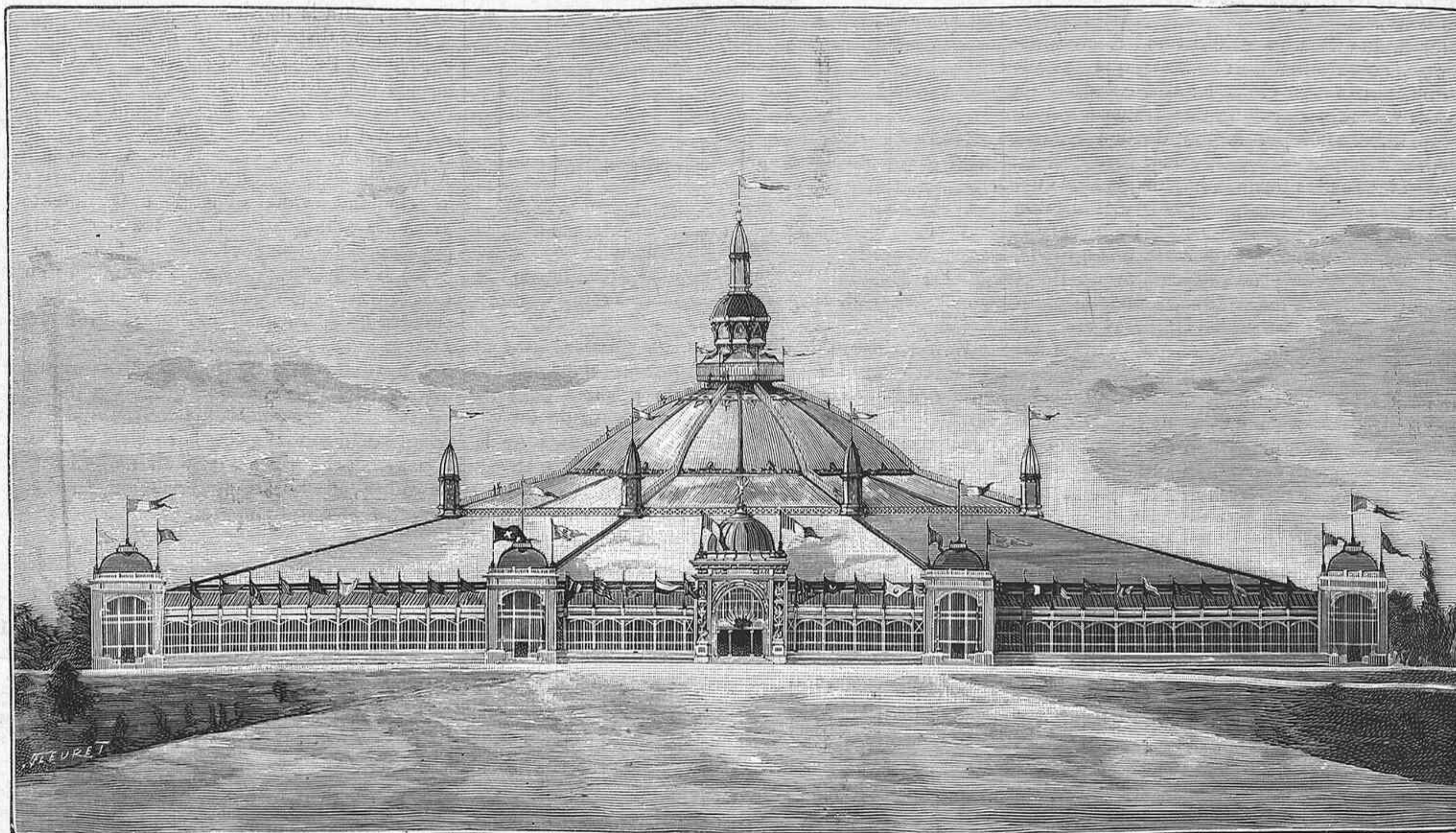
Depósito en todas las Farmacias

PARIS, 31, Rue de Seine.

# VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

**POLVO DE ARROZ EXTRA** preparado con bismuto por **Ch. Fay**, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS



El palacio principal de la Exposición universal de Lyon, en cuyo centro se levanta la cúpula gigantesca

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B<sup>IN</sup> BARRAL  
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

FRASCO: 1/2 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 para ó masclada con agua, limpia  
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOSES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES  
 y conserva el cutis limpio y sano

**ELIXIR DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS**  
 DE **VIVAS PEREZ**

La medicación más poderosa que puede emplearse en la curación de las afecciones CLORÓTICAS, ESCROFULOSAS y TUBERCULOSAS (colores pálidos, tumores fríos, menstruaciones difíciles, pérdidas blancas) **ANEMIA.**

El mejor fortificante para los temperamentos linfáticos, débiles y empobrecidos.

De venta en todas las farmacias del mundo.

Depósito general: Almería, Farmacia de VIVAS PEREZ

**APIOL**  
 de los D<sup>tes</sup> JORET & HOMOLLE  
 El APIOL cura los dolores, retrasos, supresiones de las Epocas, así como las pérdidas. Pero con frecuencia es falsificado. El APIOL verdadero, único eficaz, es el de los inventores, los D<sup>tes</sup> JORET y HOMOLLE.  
 MEDALLAS Exp<sup>te</sup> Univ<sup>te</sup> LONDRES 1862 - PARIS 1889  
 Far<sup>ma</sup> BRIANT, 150, rue de Rivoli, PARIS

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>r</sup> FRANCK**



Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)  
 PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

**QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER**  
 FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos contra 8 fr. — Depósito ROCHER, Farmacéutico, 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS. Envío gratis y franco de un estudio interesante indicando causas y consecuencias de la DIABETIS. En Barcelona: Vicente Ferrer

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART. EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS** **GASTRITIS - CASTRALCIAS** **DIGESTION LENTAS y PENOSAS** **FALTA DE APETITO** y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE **ELIXIR.** de PEPSINA BOUDAULT **VINO.** de PEPSINA BOUDAULT **POLVOS.** de PEPSINA BOUDAULT  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empequecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
**G**rageas al Laetato de Hierro de **GÉLIS & CONTE**  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** NEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en Inyeccion Ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ta</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**CARNE y QUINA**  
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.  
**VINO AROUD con QUINA**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE  
**CARNE y QUINA!** son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**  
 Por mayor. en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**